

# NUESTROS PARQUES

Antología de cuentos infantiles



EDITORIAL  
PARQUES  
NACIONALES



BIBLIOTECA NACIONAL  
MARIANO MORENO

**NUESTROS  
PARQUES**  
**Antología de cuentos infantiles**

# **NUESTROS PARQUES**

**Antología de cuentos infantiles**

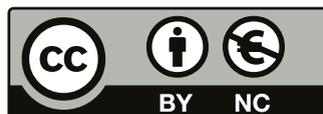


### **Equipo de trabajo de la Administración de Parques Nacionales:**

Diego Florio, Pablo Estomba, Nicolás Sticotti,  
Gloria Grinstein, Estefanía Demarchi, Paula Reyna González,  
Patricia Plohn, Mariana Altamiranda.

### **Equipo de trabajo de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno:**

Departamento de Publicaciones de la Biblioteca Nacional.



La presente obra se encuentra bajo la licencia Creative Commons CC BY-NC. Los usuarios pueden mezclar, transformar y crear a partir de nuestra publicación para fines no comerciales.

Administración de Parques Nacionales

Nuestros Parques, antología de cuentos infantiles / 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Administración de Parques

Nacionales ; Biblioteca Nacional Mariano Moreno, 2023.

64 p. ; 22 x 22 cm.

ISBN 978-987-1363-40-7

1. Educación Ambiental. 2. Áreas Protegidas. 3. Conservación de la Naturaleza. I. Título.

CDD 808.899282

### **AUTORIDADES**

**PRESIDENTE DE LA NACIÓN**

**Dr. Alberto Ángel FERNÁNDEZ**

**VICEPRESIDENTA DE LA NACIÓN**

**Dra. Cristina Elisabet FERNÁNDEZ DE KIRCHNER**

**JEFE DE GABINETE DE MINISTROS**

**Ing. Agustín ROSSI**

**MINISTRO DE AMBIENTE Y DESARROLLO SOSTENIBLE**

**Lic. Juan CABANDIÉ**

**MINISTRO DE CULTURA**

**Prof. Tristán BAUER**

### **ADMINISTRACIÓN DE PARQUES NACIONALES**

Presidente del Directorio: Abg. Federico GRANATO

Vicepresidenta del Directorio: Lic. Natalia Gabriela JAURI

Vocal por el Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible: Ing.

Claudio David GONZÁLEZ

Vocal por el Ministerio de Turismo y Deportes:

Dr. Francisco Luis GONZÁLEZ TÁBOAS

Vocal por el Ministerio de Defensa: Mgtr. Virginia Laura GASSIBE

Jefa de Gabinete: Dra. Sabrina SELVA.

### **BIBLIOTECA NACIONAL MARIANO MORENO**

Director: Juan SASTURAIN

Vicedirectora: Elsa RAPETTI

Coordinación Publicaciones: Sebastián SCOLNIK

## ÍNDICE

De norte a sur .....	10
Espuma de luna .....	16
Hay arte en todas partes .....	20
Una laguna en el aire .....	24
Teyú, la lagartija influencer .....	28
La travesía .....	34
Destello verde .....	40
La leyenda del Bichofeo .....	42
El caballito de monte .....	44
Cactus quimil .....	48
El jardinero del Iberá .....	52
El único viaje de una planta .....	56
Pun .....	58
Rita, la ranita .....	60

## Acerca de este libro

Esta publicación contiene los relatos ganadores del 1er. Premio Nacional de Cuentos Infantiles: “Nuestros Parques Nacionales”, certamen desarrollado entre la Administración de Parques Nacionales y la Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

La iniciativa es un nuevo aporte para promover el conocimiento y la valoración del patrimonio natural y cultural presente en nuestras áreas protegidas. En este marco, invitamos a narradores y narradoras de todo el país, a producir obras literarias en formato de cuentos breves, que reflejen la diversidad que albergan nuestros territorios, a través de historias que transcurren o integran elementos que allí se manifiestan.

El Jurado estuvo conformado por: María Wernicke, Martín Blasco y Sergio Aguirre.

Los autores y autoras de los cuentos ganadores son:

- *Hay arte en todas partes*, de Paula Elena Fernández (Magdalena, Buenos Aires).
- *De norte a sur*, de Cristina Rodríguez (CABA).
- *Espuma de luna*, de Adriana Gómer (Paraná, Entre Ríos).
- *Una laguna en el aire*, de Nancy Lago (CABA).
- *Teyú, la lagartija influencer*, de Leslie María de los Milagros Quetglas (Banda Florida, La Rioja).
- *La travesía*, de Karen Fogelström (CABA).
- *Destello verde*, de Silvia Susana Arana (Bariloche, Río Negro).
- *La leyenda del Bichofeo*, de Diego Fernando Cueto (CABA).

Las menciones seleccionadas son:

- *El único viaje de una planta*, de Gabriela Giselle Mangini (San Miguel de Tucumán, Tucumán).
- *El jardinero del Iberá*, de Luz Camila Bulzomí (CABA).
- *Caballito de monte*, de Isoardi Gilda (El Chaltén, Santa Cruz).
- *Rita, la ranita*, de Mariana Paula Perata (Bera-zateguì, Buenos Aires).
- *Cactus Quimil*, de Carmen Visuara (San Miguel de Tucumán, Tucumán).
- *Pun*, de Nilda Bulzomi (Esquel, Chubut).

Los ilustradores e ilustradoras de los relatos contenidos en esta publicación trabajan en la Administración de Parques Nacionales, y son:

- Nicolás Kelez: *El único viaje de una planta; Espuma de luna y Cactus quimil.*  
Karina Provitina: *Pun y Teyú, la lagartija influencer.*  
Josefina Schivo: *Hay arte en todas partes y Rita, la ranita.*  
María Eugenia Jiménez: *De norte a sur y Caballito de monte.*  
Raúl Moyano: *La leyenda del Bichofeo y Destello verde.*  
Paula Reyna González: *Una laguna en el aire y El jardinero del Iberá.*  
Diego Florio: *La travesía* e ilustración de cubierta.

Coordinación general:

Programa Editorial, Programa Educación Ambiental de la Administración de Parques Nacionales.



# De norte a sur

Cristina Rodríguez

**E**ra la final de la Copa Parques Nacionales y el pajarito Burgo no podía más de la emoción. Este año habían sido 38 equipos participando, porque Islote Lobos y Ansenúza al fin se habían incorporado a la lista de Parques Nacionales de Argentina.

Burgo, sentado en el banco de suplentes con sus plumas verdes brillantes y su larga cola echada hacia atrás, miraba a sus compañeros peloteando en la cancha con una mezcla de alegría y tristeza. Por un lado, estaba contento porque su equipo del Parque Nacional Calilegua había llegado tan lejos, jugando contra rivales tan difíciles como Los Cardones o Traslasierra. Pero un pedacito de su alma suspiraba porque no había podido entrar en ningún juego.

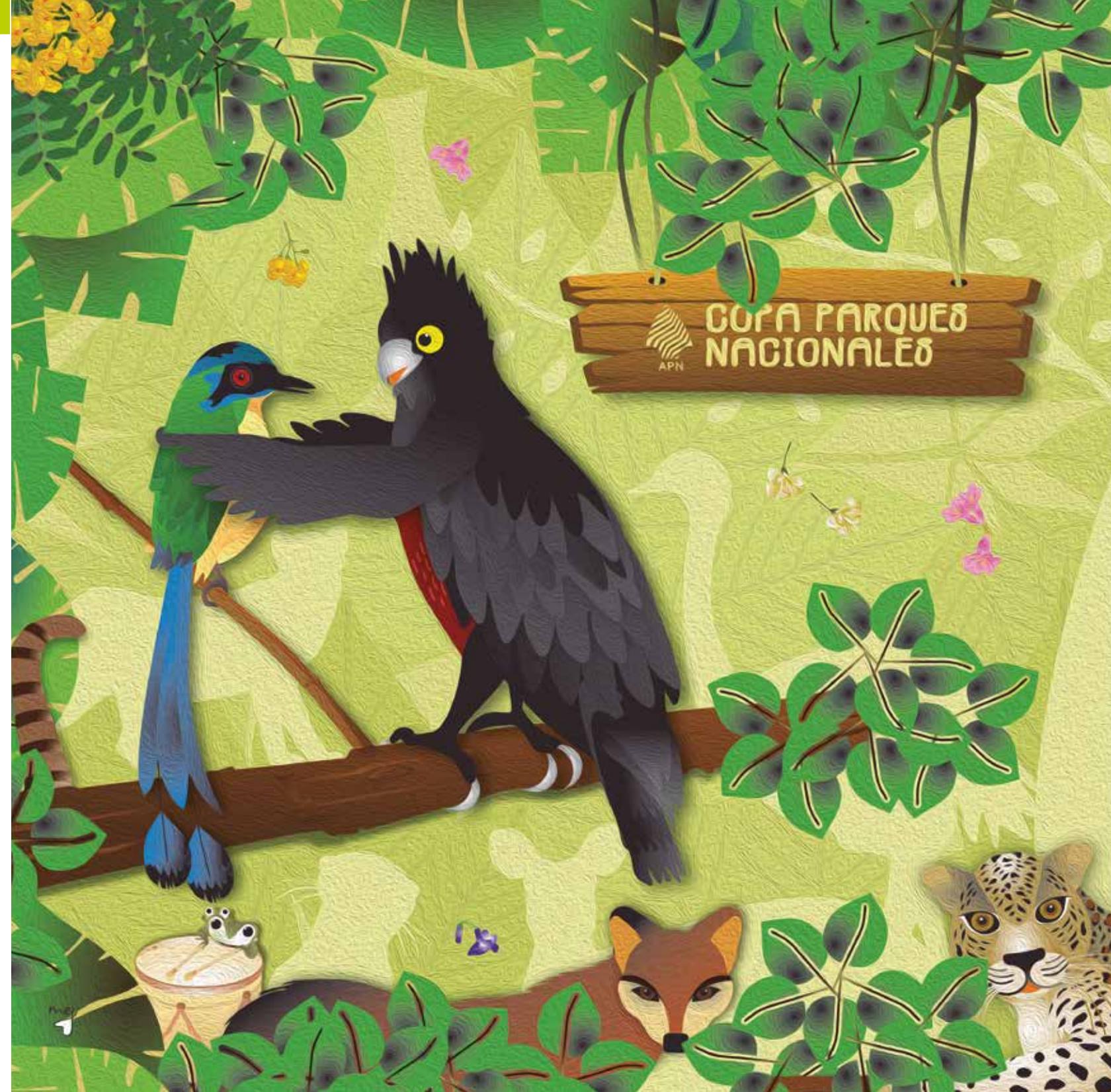
Claro, aunque tenía un buen tamaño, no dejaba de ser solo un pajarito. ¿Qué podría haber hecho contra los tapires de El Rey o los poderosos yaguretés del Baritú? Estaba orgulloso de ser el emblema de Calilegua, pero sabía que no era tan fuerte como el puma o rápido como el gato montés, los líderes de su propio equipo.

Y ahora aquí estaban, en el partido más importante

contra el mítico Nahuel Huapi, fundado en 1934. Era una mañana hermosa, con el sol brillando en el cielo y la brisa meciendo suavemente la vegetación, pero no era un día tranquilo. No, había una electricidad emocionante en el ambiente, se escuchaban los gritos alborotados de los animales, canciones por doquier, la alegría invadía el estadio. Era realmente una fiesta.

Sonó el pitido de un silbato y los jugadores corrieron tras la pelota. La llevaba el huillín, capitán del Nahuel Huapi, quien enseguida se la pasó a su compañero el huemul, esquivando al zorro del monte y al yaguarundí del equipo de Burgo. Veloces como un rayo se acercaban a la portería y todos en el banco del Calilegua se angustiaron. El coati estaba en el arco y se preparó para detener la pelota, pero esta nunca llegó porque a mitad de camino el huemul quiso pasar la defensa del puma y lo chocó. Tan fuerte fue el golpe que se detuvo el partido y cuando se acercaron a ver, descubrieron que el Puma estaba lastimado. Ya no podría continuar jugando.

La desazón cubrió al equipo. ¿Y ahora qué harían?





El puma era el mejor jugador, el capitán del Calilegua. ¿Quién podría reemplazarlo?

Hubo una discusión, pero Burgo se sentía tan insignificante que no se molestó en escuchar. Miraba el estadio lleno de animales, cada uno alentando a su favorito. Había banderas que ondeaban al viento y retumbaba el sonido de los bombos y cornetas que acompañaban las canciones.

De pronto a sus espaldas se hizo silencio y notó que todos en su equipo lo miraban. Se acercó, vacilante.

—¿Qué sucede, amigos? ¿Quieren que vaya a buscar al reemplazo del puma? ¿Quién será? —El DT del Calilegua, Águila Poma, le rodeó los hombros con el brazo.

—Serás vos, querido Burgo.

—¿Yo?! Me encantaría, pero... no soy buen reemplazo para el puma. Solo soy un pajarito.

Confiado, Águila Poma lo palmeó en la espalda.

—Lo harás bien.

Burgo no daba más del susto. Aunque había soñado con ese día, no pensaba que fuese a ocurrir nunca. Temblando hasta su colita de raqueta, ingresó a la cancha de pasto muy verde y paseó la temerosa mirada por las gradas. Desde adentro, el estadio se veía enorme y ruidoso. Sin darle tiempo a reaccionar, el árbitro silbó y se reanudó el partido.

Todo pasó muy rápido. Animales que corrían, la pelota que volaba de acá para allá, todos alentando a los gritos. Burgo miraba sin poder moverse.

—¡Vamos, Burgo! —gritó la rana marsupial mientras corría.

Asustado, Burgo empezó a retroceder mientras movía su cabeza celeste y negra en negación. Era todo un error, él no podía estar ahí.

—¡Vos podés, Burgo!, ¡te necesitamos! —le dijo la corzuela colorada intentando alcanzar la pelota.

Pero eso no podía ser, ¿por qué lo necesitarían? Era tan pequeño y débil. Miró con desesperación a los cos-

tados y se encontró con los equipos que ya habían sido eliminados del torneo, todos con jugadores mucho más hábiles que él. Vizcacha, de El Palmar, tenía unas patas posteriores largas y fuertes y se había enfrentado con valentía al temible yacaré negro de Mburucuyá. Incluso el pudú de Los Alerces, aunque era el ciervo más pequeño del mundo, había hecho un partidazo contra los monos carayá del Parque Nacional Chaco.

Un melodioso silbido lo sacó de sus grises pensamientos.

—Aunque seas solo un ave, Burgo, tu pico es muy fuerte —lo alentó Caranca, del equipo Tierra del Fuego, un hermoso cauquén blanco que había hecho dos goles contra el equipo de Lihué Calel.

—Y puedes volar alto —agregó el ñandú petiso.

Claro, aunque también era un ave, el ñandú petiso no volaba... pero sí que corría rápido y le había dado varias victorias a su equipo, El Leoncito.

—Además, tu canto es muy bello —le dijo Martín Pescador, del Parque Nacional Pre-Delta. Burgo se emocionó. Sabía que un canto hermoso no significaba nada en un partido de fútbol, pero... sintió un calorcito agradable en el alma al escuchar cómo las aves de los otros parques nacionales lo alentaban.

—Burgo eres el emblema del Parque Nacional Calilegua —se escuchó entonces la poderosa voz del cóndor andino—. Nunca lo olvides.

Burgo se paralizó. El Parque Nacional del cóndor, el Lanín, había llegado a la semifinal; era un equipo de jugadores increíbles. Que también intentase ayudarlo significaba un mundo para él. Con decisión, Burgo se plantó en la cancha. Miró aquí y allá. Calculó la velocidad del viento, el peso de la pelota, el cansancio de los otros jugadores... y se lanzó.

Esquivó al huillín, sobrepasó al monito de monte que corría la pelota, evitó por un pelo que el cormorán lo derribara... solo tenía ojos para la pelota.

La llevaba con destreza la taruca, el venado de su equipo que corría con velocidad hacia el arco contrario. Cuando se vio encerrada por los defensores, la taruca le pasó la pelota al yaguareté, que rápidamente también fue bloqueado. Sin movimientos, miraron hasta encontrarlo.

Burgo.

Estaba solo, porque nadie creía que fuese una amenaza. Le hizo una seña al yaguareté y, sin dudar de su compañero, el gran felino le lanzó la pelota.

Viendo esta jugada, el único del Nahuel Huapi que alcanzó a reaccionar fue el guanaco, pero no fue suficiente. Con decisión, Burgo se lanzó hacia el balón y, haciendo gala de un movimiento que ni él mismo sabía que era capaz, se elevó y lanzó con fuerza la pelota de fútbol.

Por un segundo, el mundo se detuvo. Mientras la bola surcaba los aires hacia el arco del Nahuel Huapi,

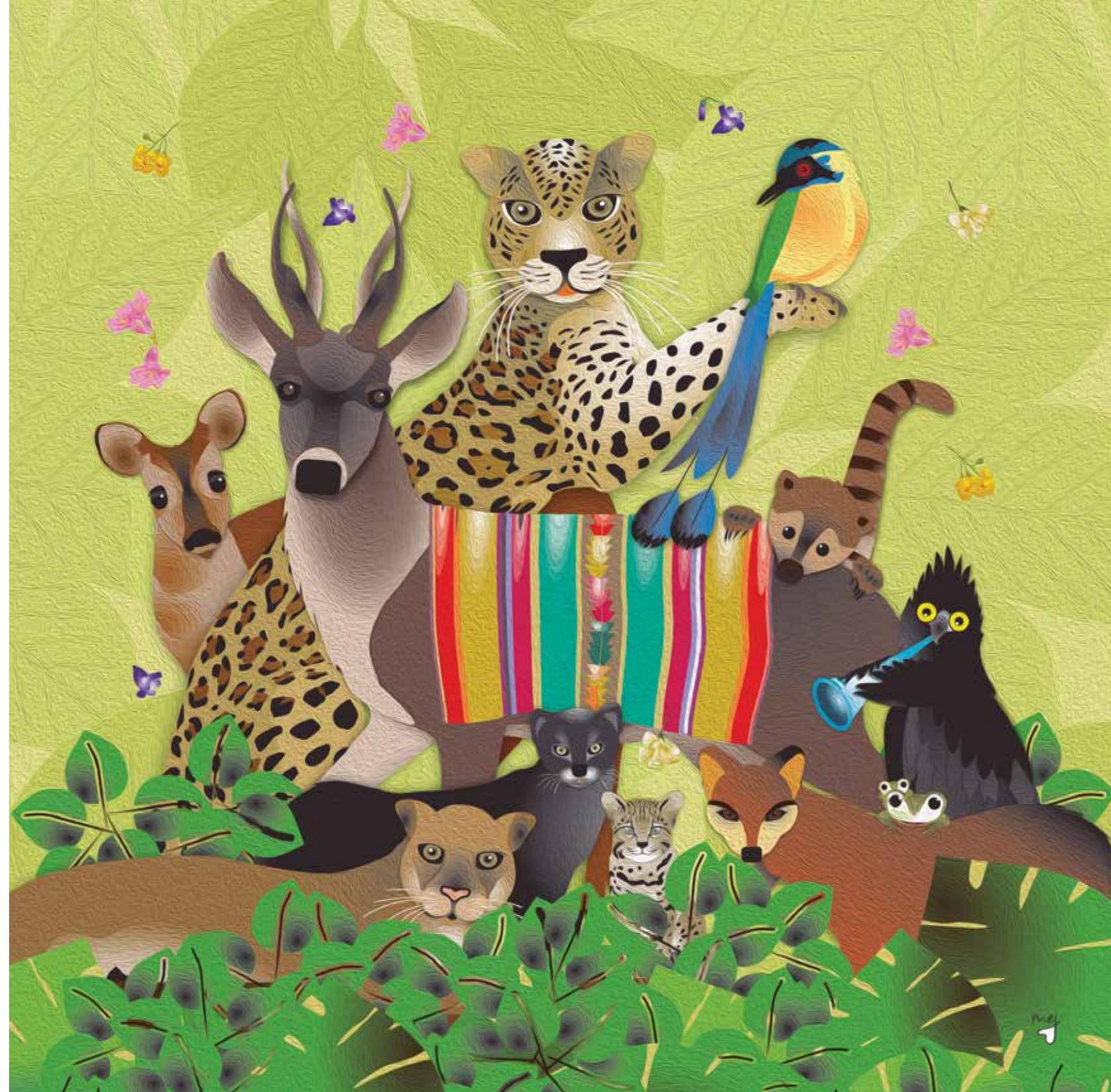
todos los animales contuvieron el aliento. La pelota voló como un rayo, como una estrella fugaz, como si tuviese vida propia. Voló, voló, voló.

Y aunque el arquero se lanzó con todas sus fuerzas, no pudo detenerla. En un segundo, la pelota impactó con fuerza contra la red y el estadio entero tembló al grito de GOOOOOL.

Medio confundido y medio conmocionado, Burgo se quedó quieto mientras a su alrededor todos gritaban y corrían hacia él.

El árbitro puso fin al encuentro y el pajarito fue alzado en los brazos de sus compañeros, que muy contentos hicieron una vuelta olímpica al estadio.

Fue un día de festejos, de alegría y de sorpresas. Para Burgo, el pajarito emblema del Parque Nacional Calilegua, también fue el día en que descubrió que no necesitaba ser rápido como el puma o poderoso como el yaguareté. Solo tenía que dar lo mejor de sí mismo.



# Espuma de luna

Adriana Gómer

**E**n un monte de palmares, junto al río Uruguay, viven desde hace mucho tiempo los Carpincholini y los Vizcachez. El arroyo Los Loros separa sus hogares. Lo que no puede separar el agua es la amistad que une a las dos hijas más pequeñas de cada familia, Carpi y Cachita.

Ellas se hicieron amigas al poco tiempo de nacer. Carpi es una cachorra de carpincho, de color pardo y un gran hocico romo al igual que toda su familia. Cachita es una cachorra de vizcacha. Es chica, comparada con Carpi, y como todos en su familia tiene pintadas en la cara dos franjas negras y, en el medio, una franja blanca como de espuma de leche que la atraviesa de mejilla a mejilla.

Todas las mañanas, los Carpincholini se desesperan y se dirigen a la orilla del arroyo. Allí se lavan la cara y pasan largo rato buceando y dándose unos refrescantes chapuzones. Después cruzan el agua en fila india, abriendo un surco que se cierra tras su paso. Una vez del otro lado, se dispersan por el pastizal para alimentarse y tomar sol.

Los Vizcachez pasan gran parte del día descansando

y cavando túneles en su madriguera. Pero al caer la tarde, en cuanto ven a sus vecinos de la otra orilla en el pastizal, apuran sus patitas para ir a verlos. Carpi y Cachita aprovechan para saludarse chocando sus hocicos chatos y, sin más demora, se dedican a divertirse en un entrevero de juegos y travesuras al amparo del atardecer.

Como en los buenos momentos el tiempo pasa volando, a ellas esos encuentros siempre les resultan cortos. Al rato, los Carpincholini se preparan para volver, mientras que los Vizcachez se quedan más tiempo porque tienen por costumbre alimentarse durante la noche.

Un día Carpi le reclamó a su amiga que nunca llegara temprano para tomar sol con ella.

—Es que a mi familia y a mí, más que tomar sol, nos gusta tomar luna —le respondió Cachita.

—¿Tomar luna? —preguntó extrañada Carpi— ¿Y cómo es eso? ¿Parecido a tomar sol pero de noche?

—Mmmm, parecido, sí... Pero no, nada que ver.

—¿Y cómo es eso, entonces? ¡Quiero saber!

—Vení a casa mañana, cuando salga la luna llena, y te muestro. Y así vas a poder tomar luna conmigo.





—No creo que me dejen cruzar sola el arroyo. Y menos de noche.

—¡Y vengan todos los Carpincholini! —propuso el abuelo de Cachita, don Cacho, que, aunque medio sordo, había alcanzado a pescar la conversación de las pequeñas—. Mañana habrá mucha luna grande y redonda para tomar.

A Carpi y a Cachita les encantó la idea. Y a sus familias, por suerte, también. En eso quedaron.

La noche del día siguiente, todos los Carpincholini se acercaron a Villa Vizcachera. Encontraron el pasto prolijamente cortado, por no decir comido. Y las numerosas entradas a los túneles de la madriguera estaban decoradas delicadamente con un cerquito de ramas secas y flores amarillas.

En ese momento el abuelo Cacho estaba ordenando a sus hijos y nietos, con movimientos precisos de cabeza, la juntada de tronquitos y ramas. Debían arreglar un estanque redondo que necesitaba una reparación desde hacía tiempo.

—Le decimos que deje de mandarnos a robar los troncos que junta la gente para hacer fuego en el camping, que está al lado del monte —le explicó Cachita a su amiga, mientras ambas familias se saludaban—. Pero no hace caso. Nos retruca diciendo que la leña es de los árboles del monte y que el monte es de todos. Entonces la leña también es nuestra y la podemos usar. Y que eso no es robar.

—Tiene razón, tu abuelo —le contestó Tinchá, la mamá de Carpi, que veía cómo el estanque, con apenas un poco de agua en el fondo, quedaba como nuevo—. ¿Tardará en llenarse? —preguntó.

—No mucho —le contestó el abuelo Cacho, convencido.

Cuando el arreglo estuvo listo, toda la familia Vizcachez se congregó alrededor del estanque e invitó a la familia Carpincholini a hacer lo mismo. Allí espe-

raron el momento indicado.

A la medianoche, una luna llena, grande y redonda, blanca como ella sola, se asomó desde el cielo al estanque y lo terminó de llenar con su luz. La circunferencia de la luna entera cabía en él. La luz se mezclaba con el agua del fondo y parecía como de té con leche, entre tanto blanco y dorado. A la señal del abuelo Cacho, las dos familias se dispusieron a tomar luna. Tan rica estaba que, para beber, hundían hasta el hocico en el estanque. De vez en cuando, levantaban las cabezas y se relamían hasta donde llegaban con sus lenguas, para disfrutar más entre sorbo y sorbo.

Una vez satisfechos, algunos se dieron relajantes baños de luna. Otros se tendieron panza arriba en la hierba para seguir tomando luna hasta que ya no quedara más. Avanzada la madrugada, los Vizcachez, rendidos, comenzaron a roncar a pata suelta. A los Carpincholini les costó conciliar el sueño, de lo maravillados que estaban, pero al final también se durmieron, empachados de luna.

Al amanecer, la familia Carpincholini se despabiló y se despidió de la familia Vizcachez, muy agradecida por la invitación. Carpi y Cachita se abrazaron felices de haber compartido, por fin, más tiempo juntas. Entre abrazo que va y beso que viene, los Carpincholini advirtieron que los Vizcachez se miraban de reojo o dejaban escapar alguna risita pícará al verlos. Pero, de educados, no preguntaron por qué.

Lo comprendieron después, cuando llegaron al arroyo. Antes de cruzar, se vieron reflejados en el espejo del agua. Para su sorpresa notaron que, arriba del hocico, se les había dibujado una franja blanca, como de espuma de leche, igualita a la que tenían los Vizcachez, solo que más grande.

Los Carpincholini, esa mañana, no se lavaron la cara. No querían que se les borrara tan pronto la espuma de la luna.

# Hay arte en todas partes

Paula Elena Fernández

Después de muchísimos días de estar en silencio escuchando el viento y mirando el techo, Ruperto habló.

—Lita, estoy medio duro, me voy a mover un poco.

Lita giró apenas la cabeza y le dijo:

—Dale. Te acompaño.

Ruperto y Lita tienen 1508 años. Son obra de artistas de un pueblo que con el tiempo se llamó Pehuénche. Usando tintas naturales y pigmentos minerales los estamparon en las paredes de una caverna que, una vez vacía, no se volvió a habitar. Haber quedado solos tanto tiempo les genera un aburrimiento espectacular.

El movimiento de animales no ayuda mucho porque no terminan de hacerse un amigo que, pumba, va y migra y no se lo vuelve a ver. O se lo ve muchos meses después. “Nos tenemos entre nosotros”, se consuela Lita. Su compañero más cercano es Ruperto,

aunque sabe que hay más arte por otras caras de la cueva porque los ha escuchado hablar y murmurar. También hay animales, pintados y grabados, y hay frutos y toneles de agua y una figura circular que según las bandurrias es un sol.

Alguna vez hablaron de su nacimiento.

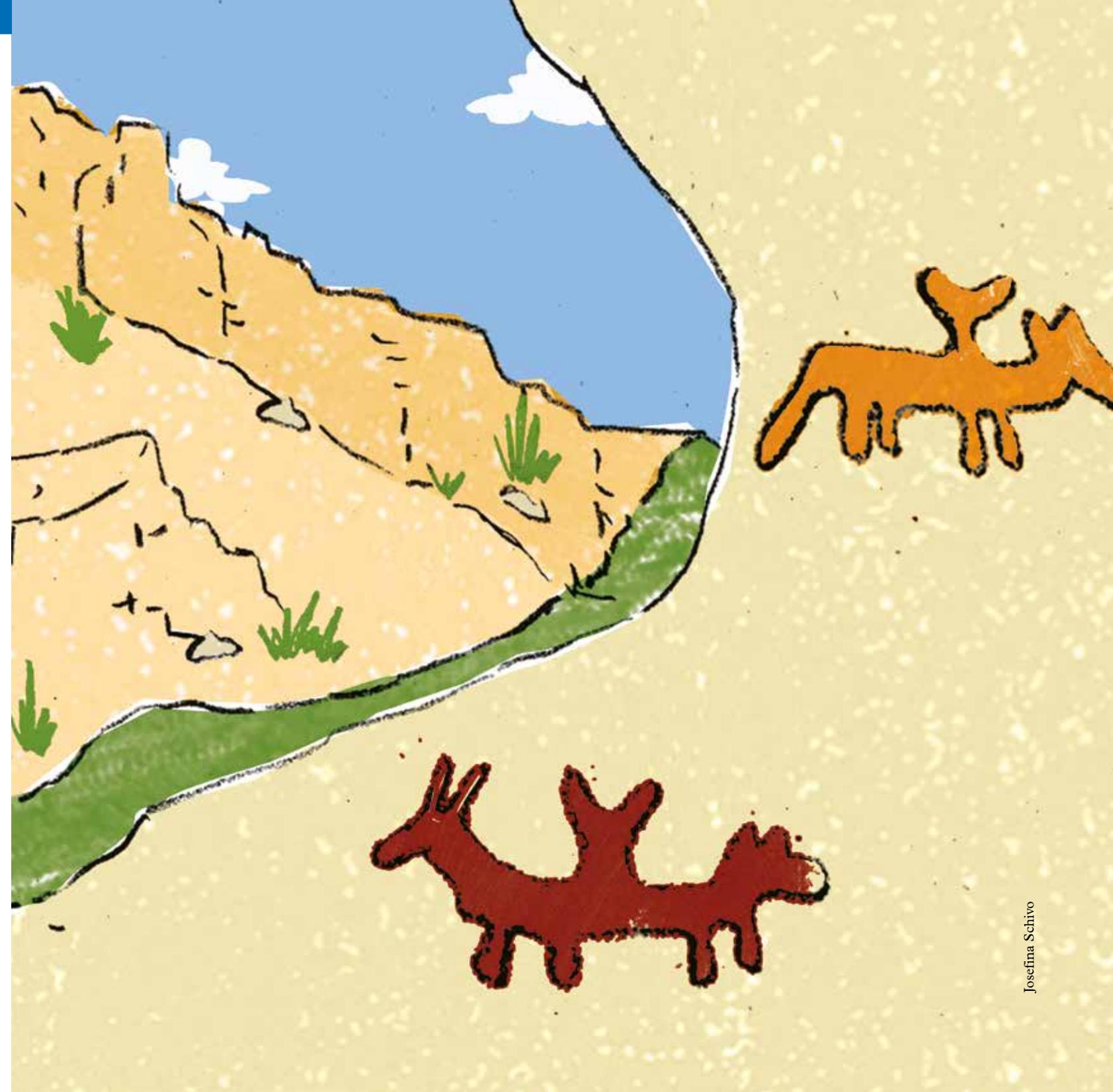
—¿Vos te acordás de aquel día?

—Te soy sincero: no. Siento unas cosquillas cuando pienso en eso, pero una cosquilla no es un recuerdo... ¿O sí?

—Ni idea. Creo que una cosquilla es una cosquilla.

Saben que están en algún punto de la provincia del Neuquén por dichos y comentarios de chimangos (aves más chusmas no existen) y de picaflor rubí que, aunque hablan muy rápido, suelen estar bien informados.

Confían en lo que les cuentan los animales que los visitan porque no tienen otra manera de conocer lo que hay afuera. Aunque no puedan salir, la magia de





Josefina Schivo

costados nevados del cerro Frutillar. Todo allá afuera se oye hermoso, aventuroso, espectacularoso.

Les encantaría ser parte de eso y que el mundo supiera de ellos... Les encantaría contar lo que guardan, lucir el interior de su casa y mostrarles a personas y animales quiénes son, quiénes los crearon, cómo vivían y en qué creían. Pero en el silencio de la cueva, donde no vuela un tábano y las palabras tardan tanto en decirse, el tiempo pasa sin que se den cuenta. Lo único que saben es que a veces se aburren demasiado.

Ruperto hace serpentear sus brazos y mueve sus piernas. Lita lo mira, se ríe y lo imita.

—Síiiii, ¡qué bien se siente esto! Me estaba por dar un calambre.

—Llevabas tanto tiempo callado que pensé que te habías dormido.

—Sí, voy y vengo. Es que el sonido del viento de afuera me adormece y la poca luz que hay acá adentro no alcanza ni para leer.

—¿Y qué leerías, me contás? —preguntó Lita, muerta de risa.

—Ah, no sé, lo que venga. Por lo pronto, todo lo que dicen nuestras paredes.

Se quedaron riendo y moviendo brazos y piernas como viboritas mientras la tarde pasaba. Hacía mucho tiempo que nadie los visitaba. En el invierno los pocos conocidos se ocultaban o se iban hacia lugares más tibios. Sabían que había llegado el invierno por el frío que sentían en sus espaldas y por la falta de visitas.

Y ellos no hacían más que esperar.

Hasta que un día sucedió. Pasó algo. Los días ya se notaban más largos. La luz que entraba a la cueva parecía más brillante y no sentían tanto frío en sus espaldas. Un carancho grandote, con el jopo bien peinado hacia atrás, se agarró fuerte a una rama gruesa de la lenga que custodiaba la entrada a la cueva y gritó, para que lo pudieran escuchar adentro:

—¡¡Miren que se empieza a hablar de ustedes, allá por el Norte de donde vengo!! ¡¡Algunas personas andan con ganas de venir a explorar por acá!! ¡¡Algo de “Caverna Escondida” oí!! —Y no hay caverna más escondida que esta, pensó el carancho.

Adentro de la cueva todo fue emoción.

—¿En serio? ¿Personas? ¿Acá? ¿Con nosotros? ¿Estoy bien peinada? ¿Podrán leer nuestras paredes? ¿Llegarán pronto? ¿Llegarán? ¿Nos encontrarán? ¿En serio?

Mucho tiempo había pasado desde la última vez que habían visto personas reales, no pintadas. Y muchas cosas habían pasado también. Una pareja de huemules, amiga de Lita y Ruperto, contaba lo cerca que los habían visto. Y también contaban las cosas que les habían visto hacer. Allá abajo, donde el caudal del río Neuquén se hace muy ancho, construyeron un sistema que les permite crear electricidad. También lo hicieron donde el Limay se vuelve más poderoso y ruidoso. Desde allí se ven salir cables que iluminan las ciudades cercanas y que muchas aves usan como faro cuando quieren volver a casa. Los vieron llenar los valles con sus casas y cultivos. Los vieron criar animales para usar su lana. Los vieron montar molinos que giran con el viento. También los vieron fabricar vehículos para trasladarse y llegar cada vez más lejos.

Raza seria, la humana.

—Bueno, pero ¿cuándo llegan? ¿No deberían estar acá? El carancho nos trajo la noticia hace muchísimos ratos —dijo Lita, ansiosa y enojada—. Es difícil calcular el tiempo cuando no se tiene reloj.

—Y lo que les falta... —dijo el caburé, girando su cabeza hacia ambos lados—. ¿Vos crees que es fácil llegar hasta acá? Debe ser tremendo con el peso que llevan; los vi cargados con cosas sobre el lomo. Y para peor: ¡caminan solo con dos patas! Les va a costar llegar, yo sé lo que te digo.

—Yo creo que ya deberían estar acá —insistió Lita, cabeza dura.

—El invierno se ha derretido casi por completo —dijo el fiofio silbón, recién llegado de su viaje por Brasil—. Si le meten buen ritmo, aparecerán pronto.

Lita y Ruperto se emocionaron.

Toc, toc. El carpintero pitío golpeó la entrada con su pico. Es quien suele traerles el pronóstico del clima, las novedades de la semana y algunas lombrices (Lita y Ruperto nunca entendieron por qué).

—Pasá, está abierto —dijo Ruperto. Lita se rio con el chiste.

—Permiso. Les traigo varios anuncios. Ah, y unas lombrices. —El carpintero empezó a hacer ruidos raros con la garganta, infló el buche y escupió una masa húmeda en el piso—. Primero: vienen vientos fuertes de la Cordillera. Agárrense bien los próximos dos días. Segundo: vi a un grupo de personas acercarse por la estepa desde el Sur. Están cerca de acá. Y tercero: creo que al ciervo enano que vive cerca de la estancia de don Chiche le gusta la guanaca que cría la señora.

—¡Ya llegan, ya llegan! —La emoción de Lita y Ruperto los conmovió a todos. Los pumas, los ñandúes, los zorros colorados y una multitud de maras, caranchos, piches y guanacos sonrieron de felicidad. Los vecinos de la Caverna Escondida estaban alerta.

Finalmente, después de muchos años de silencio y olvido, los secretos de la Cueva Escondida de los Pehuenches iban a ser encontrados. El país entero sabría del descubrimiento y conocería detalles de la forma de vida de uno de los muchos pueblos que habitó esta tierra hermosa y que, sin lugar a dudas, dejó una huella en nuestra historia. Una que Ruperto y Lita estaban muy ansiosos por contar.

—¡Por acá! ¡Por acá, vengan! —la voz humana se escuchaba tan cerca que parecía estar al lado de ellos.

Lita y Ruperto se dieron la mano, se sonrieron y se pusieron a esperar.

las historias de las maras, con sus detalles y detallitos, les hace creer que ellos también caminan en la meseta, cortándose un poco los pies con la vegetación, llenándose la vista con imágenes de lagos azules, cielos azules, noches azules. Sienten que trepan montañas de piedra, vuelan codeándose con los cóndores, se posan en arrayanes, con sus troncos de colores, planean por encima de las ramas de las altísimas araucarias o descansan panza arriba en los ñires. Sienten la emoción de saltar por encima de volcanes, como el Lanín y el Copahue, y un poco de miedo al deslizarse por los

# Una laguna en el aire

Nancy Lago

Esta mañana hacía tanto calor que creía que me iba a derretir. Justo el día de más calor del año coincidía con la fecha que mamá había planeado para la visita al parque.

—¿No podemos quedarnos hoy en el hotel? —le pregunté a mi mamá. Lo único que quería era pasar todo el día en la pileta.

—Vas a ver que te vas a divertir en la visita —me dijo—. Aparte, Sergio me dijo que tenía una sorpresa para vos.

Sergio, el guía que nos llevaría a conocer el Parque Nacional El Rey, había sido el mejor amigo de mamá durante toda la escuela, pero se había ido a vivir a Salta hacía varios años. Nos pasó a buscar en una camioneta y lo primero que dijo fue que yo era igual a mi mamá cuando era chica, cosa que no es para nada real. Después los dos se dedicaron a hablar de lo mismo que hablan dos adultos cada vez que se encuentran: “¿Te acordás de fulanito?”, “¿Qué fue de la vida de menganito?”.

—¿Y cuál iba a ser la sorpresa? —pregunté para que me hablaran un rato a mí.

—Cuando éramos chicos, con tu mamá siempre hacíamos mapas del tesoro, así que se me ocurrió que podía hacer uno para que el recorrido fuera más entretenido. En el Parque, te voy a dar las instrucciones.

La verdad es que no me pareció una graaaaan sorpresa. Luego de tres horas de viaje, vimos finalmente el cartel del Parque y la casita de la intendencia. Ahí pudimos bajar un rato y estirar las piernas.

—Bueno, llegó el momento de presentar el mapa —dijo Sergio.

Nos pasó un papel con un mapa en el que estaban dibujados un tapir, una pava de monte y un chal-chal, debajo de los cuales figuraba su nombre. Finalmente, había un cuarto dibujo, que era un gran signo de interrogación. Abajo decía: “Laguna en el aire”.

—¿Cómo sería una laguna en el aire? —preguntó mamá.

—Eso es lo que va a tener que resolver. —Sergio seguía haciéndose el misterioso.

—¿Mapa del tesoro y acertijo? Supongo que hay un premio por completar la misión, ¿no? —pregunté.

—No hay premio, pero sí un regalo. —Sergio me dio un libro con flora y fauna del Parque Nacional, para ayudarme en la búsqueda.

—¿Qué es ese ruido tan raro? —preguntó mamá.

Desde cerca de la intendencia, se oía un algo que parecía una mezcla entre ladrido de perro y cacareo de gallina. Eran dos aves negras que se estaban peleando.

—¡La pava de monte! —grité entusiasmada, como si hubiera ganado una computadora de última generación.



—Bueno, solo faltan tres —dijo mamá—. Pero me parece que, para ver a los demás, vamos a tener que avanzar dentro del parque.

Ahí empezaba nuestra caminata. Nuestra caminata en la que nada pasó por un largo rato, hasta que me puse a seguir el camino de unas hormigas. Vi que, en el camino hacia su hormiguero, cargando hojas gigantes para sus cuerpos, se desviaban de unas huellas que tenían una forma particular. Unas mostraban las marcas de cuatro dedos y otras las de tres, aunque parecían del mismo animal. Abrí el libro deseando que las huellas fueran del tapir ¡y sí lo eran!

—¿Vale marcar el tapir aunque no lo haya visto directamente? —le pregunté a Sergio.

Él dudó. Pero luego nos contó que los tapires suelen ser nocturnos y, por eso, había pocas chances de

que nos cruzáramos con alguno durante el día.

—Claro —le dije—. Con este calor, ¿a quién le puede gustar estar abajo del sol?

Por suerte, estaban apareciendo unas nubes que nos aliviaban con su sombra. Caminábamos y caminábamos sin encontrar lo que faltaba de nuestro mapa. Mi mamá tampoco ayudaba mucho porque estaba hablando con Sergio de no sé qué cosa. Yo buscaba algo rojo. Había visto en el libro que, a esa altura del año, los chal-chales ya tenían que tener sus frutos y que estos eran de ese color. Un poco lejos del sendero, vi algo que me pareció rojo o anaranjado y aproveché que ellos dos no me estaban mirando para desviarme del camino.

No fue una buena idea. Trastabillé con unas raíces que estaban cubiertas con unas hojas y me caí. Creo

que grité un poco alto porque unas aves que estaban cerca salieron volando como si hubiera explotado algo. Enseguida, Sergio y mamá aparecieron y me revisaron el tobillo con preocupación. Cuando mamá vio que no me había quebrado ni nada, llegó el reto:

—¿Cómo vas a alejarte del sendero?! Hay cuestiones de seguridad y aparte...

Lo peor de todo es que lo que había visto no era el fruto de un chal-chal, sino que era un reflejo del sol.

—¿Habrá sido un espejismo? —pregunté, para cambiar de conversación y que mamá no siguiera retándome.

—No creo que haya sido un espejismo —dijo Sergio—. Tal vez sea que el cansancio te está jugando una mala pasada. Busquemos un lugar cómodo para comer algo y reponer energía.

Caminamos hasta que Sergio nos mostró un lugar para sentarnos. Mientras comíamos unos sándwiches, veía que Sergio hacía unos gestos raros con los ojos hacia mi derecha, como queriéndome señalar algo. Miré hacia donde él apuntaba y vi unos frutos rojos que colgaban de un árbol, en un racimo.

—¡El chal-chal! —grité, emocionada.

Mamá tomó el libro y confirmó con la información que vio.

—Sí, y también encontraste la laguna —agregó Sergio—. ¿No la ven?

La verdad es que yo solo veía árboles, plantas y algunos insectos. Mamá se puso creativa y miró hacia el cielo.

—¿Una nube no sería como una laguna en el aire?

—¡Incorrecto! —respondió Sergio.

Yo ya me había dado por vencida.

—Está a tu derecha —me dijo.

—Pero a mi derecha está el chal-chal.

—Sí, ¿y no hay nada en el árbol que te llame la atención? Pegada a la corteza del chal-chal, había una planta

de hojas alargadas y con las raíces al aire. La señalé y le pregunté si esa era la laguna.

—En realidad, esta es una bromelia tanque. La laguna está ahí adentro.

Con mamá nos miramos preocupadas. Tal vez, el calor ya lo había afectado a Sergio.

—¿Estás bien? —le preguntó mamá en broma.

Sergio nos pidió que nos acercáramos.

—¡Ah! —dijo mamá—. Ahora entiendo lo de la laguna...

Yo no entendía de qué hablaba porque no podía ver lo que ella veía. Entonces, mi mamá entrelazó sus manos y formó un escalón para que yo me subiera. Apoyé un pie ahí y con una mano me sostuve del tronco del árbol.

—¡Ah, por eso se llama bromelia tanque! —dije yo también, mientras veía que en el centro de la planta había una pileta donde se estaban refrescando unas libélulas. La verdad es que sentí un poco de envidia por ellas.

Sergio nos contó que las bromelias cumplían una función muy importante en los ecosistemas, porque en épocas en las que no hay lluvia funcionan como tanque de reserva y permiten que un montón de insectos y anfibios vivan ahí.

—Y en épocas en las que hay lluvia, ¿qué función cumplen? —preguntó mamá mientras señalaba al cielo, desde donde caían unas gotas de agua cada vez más grandes.

Fuimos a toda velocidad hasta la camioneta, pero igualmente nos empapamos. La temperatura había bajado tanto que ya se me habían ido las ganas de ir a la pileta.

El cansancio y el ruido de las gotas que golpeaban la ventanilla hicieron que me durmiera enseguida de camino al hotel. En un sueño muy raro, aparecieron lagunas en el aire, mapas del tesoro y la sensación de haber ganado un premio inolvidable.



# Teyú, la lagartija influencer

Leslie María de los Milagros Quetglas

**E**n la provincia de La Rioja hay un área protegida que lleva el nombre de Parque Nacional Talampaya. Es un amplio desierto rojo donde las rocas forman torres y murallas gigantes. Hace calor y casi no hay agua, y el paisaje es tan fantástico que paseando por estos lugares una persona podría creer que, accidentalmente, ¡viajó a Marte!

En medio de este mágico desierto, algunas plantas se las arreglan para sobrevivir dando refugio y comida a muchos animalitos que conviven como una gran familia. Todos los animales del parque saben que los humanos van de visita para conocer este hermoso lugar que es su casa y también para conocerlos. Y tienen por demás claro que pueden dejarse fotografiar cuando tengan ganas, pero siempre a una distancia prudente. A las personas que visitan el parque también se les recomienda mirarlos de lejos porque nunca se sabe cuándo un guanaco o una mara pueden levantarse de mal humor.

La cuestión es que todo el mundo sabe que tiene que guardar distancia. Todos menos la lagartija. O, mejor dicho, una lagartija en particular.

Hay que aclarar que en el parque hay muchas la-

gartijas diferentes, todas tienen sus características propias, patas más largas o más cortas, bocas más o menos puntiagudas, ojos más o menos saltones, distintos tonos de gris o marrón en su piel, colas más o menos pinchudas. Lo más importante es que todas estas especies de lagartijas tienen algo en común: saben pasar inadvertidas para sobrevivir. Ellas se camuflan con las plantas o con la tierra, se esconden bajo alguna piedrita, se quedan muy quietas para que no las descubran y corren muy rápido si no les queda una mejor opción.

Nuestra lagartija en cuestión, la que no entiende la importancia de pasar desapercibida, es en realidad la lagartija Teyú o *Teiús teyou* para las y los sabiondos. Aunque llegó a ser conocida como “la lagartija influencer” por la gente que trabaja en el parque. ¿Cómo pasó esto, se preguntarán ustedes? Pasó porque a esta lagartija le gusta quedarse muy quieta... solo que se queda muuuy quieta para las fotos.

Todo empezó muy de a poco; hasta hace un tiempo Teyú era una lagartija como cualquier otra buscando bichitos para la merienda y tomando sol sobre las piedras.

Pasó que un día un turista la encontró durmiendo



y como estaba muy relajada no lo escuchó llegar. El turista pudo ponerse muy cerca para mirarla y quedó maravillado con sus muchos colores. Manchas verdes y rojas, las patas azules, algo de amarillo aquí y allá. La verdad es que nuestra amiga lagartija es muy hermosa, y aunque salió a correr lo más rápido que pudo cuando empezó a escuchar las exclamaciones de asombro del turista, ya era demasiado tarde: el turista le había sacado una foto y la había subido a las redes sociales con el hashtag #LAGARTIJAALSOL.

La lagartija no supo qué pensar de todo esto. Se escondió atrás de unas rocas y, mientras se le calmaban los latidos del corazón, empezó a escuchar los comentarios que las demás personas del tour hacían sobre su foto. El teléfono pasaba de mano en mano y todo el mundo hacía exclamaciones de asombro y admiración: “¡Qué hermoso animal!”, “¡Pero qué colores!”, “¡Qué simpática!”. En fin, la lagartija se sintió especial y eso, un poco, le gustó. No le gustó tanto estar tan

cerca del humano, pero, pasado el susto, pensó que en realidad no había sucedido nada tan grave. Al fin y al cabo, era solo una foto, ¿qué podía pasar? La gente se fue y la lagartija se quedó entusiasmada con su aventura.

Al día siguiente, le pareció que podía ser una buena idea ir a buscar bichitos cerca de donde pasean los turistas. “Total, si me quieren sacar fotos son solo eso, fotos”, se dijo. Anduvo dando vueltas por ahí haciendo como que tanto no le importaba, pero cuando por fin una turista se acercó a mirarla se puso contenta y dio unos saltitos de alegría. Y cuando la turista sacó su cámara para fotografiarla la lagartija estiró su cola para salir en la foto lo más vistosa posible.

Otras lagartijas estaban viendo desde más lejos y cuando esa noche todas se juntaron a descansar le advirtieron que tuviera cuidado, que dejarse ver tanto por desconocidos podía ser peligroso, que se acordara de que las lagartijas sobreviven pasando inadvertidas,

que esa es su forma de defenderse de los peligros. Pero a la lagartija influencer esto no la convenció, le pareció que las otras lagartijas no entendían nada de tecnología, ni de humanos, ni de *trending topics*.

Pasaron los días y pasaron las fotos, la lagartija había empezado a hacer poses; a veces levantaba una patita, otra levantaba la cola, ponía un pie sobre una piedrita como si estuviera escalando, estiraba la cabeza para atrás. En fin, prácticamente modelaba mientras la gente, asombrada, sacaba fotos desde todos los ángulos posibles. Ya las personas que trabajan en el Parque se habían hecho la costumbre de presentarla como parte de los atractivos del paseo.

Todo parecía estar funcionando para nuestra amiga lagartija. Las fotos iban y venían, las poses eran cada vez más ingeniosas, los grupos de turistas cada vez más grandes. Hubo revistas haciendo notas y diarios digitales compartiendo la noticia de la lagartija influencer en el Parque Talampaya. Era toda una *celebrity*.

Lo que la lagartija Teyú no sabía es que ser una celebridad en las redes sociales puede ser una cosa muy peligrosa. Es cierto que se pueden recibir halagos y que eso es lindo, pero también los comentarios pueden ser crueles o afectarnos negativamente. Aunque, por suerte, de esto la lagartija no se enteraba porque no tenía un teléfono propio.

Lo que sí le comenzó a afectar fue perder su tranquilidad. De repente se encontró con que la buscaban a toda hora; los humanos sabían sus costumbres, sus escondites y sus lugares de descanso. Conocían tanto su vida a través de las fotos que siempre sabían dónde encontrarla, así que las fotos ya no eran cuando la lagartija quería, sino que la gente, abusivamente, la fotografiaba en todo momento.

Las demás lagartijas notaron esto y también empezaron a ver a su amiga más cansada, descolorida y desanimada que antes de su repentino estrellato. Esto las

preocupó y decidieron hablar con los demás animales para, entre todos, decidir cuál podría ser la mejor forma de ayudarla.

En esto estaba la historia cuando un día pasó lo más terrible y menos pensado. Un turista parado muy cerca de la lagartija influencer miraba sus colores en el sol; tan acostumbrada estaba la lagartija a estas situaciones que ya ni un poquito de miedo le daba. Ya no posaba para las fotos, pero tampoco se iba. En eso, el turista metió la mano en su bolso para sacar lo que la lagartija pensó que iba a ser una cámara. ¡Oh, sorpresa, cuando lo que sacó fue una especie de recipiente plástico y se lo puso arriba, atrapándola!

Teyú tardó un segundo en entender lo que estaba pasando. Ese turista no quería sacarle una foto, quería capturarla y se la iba a llevar. Se sacudió y trató de empujar la caja, recorrió los bordes buscando una hendidura para escaparse, trató de liberarse con todas sus fuerzas, pero ahora había una piedra arriba de la caja haciendo peso y era imposible salirse. La desesperación se apoderó de la lagartija, su corazón se aceleró de nuevo como el primer día en que ese humano la encontró durmiendo la siesta con la panza llena de bichitos. Se acordó de sus amigas lagartijas y de cómo le habían aconsejado tener cuidado con exponerse tanto y se lamentó de no haber prestado más atención a sus consejos.

Habían pasado algunos minutos mientras pensaba todo esto cuando de repente una mano levantó la caja. Teyú pensó que ahora iba a venir lo peor, este humano no tenía buenas intenciones y ahora era demasiado tarde. Se hizo chiquitita contra el piso y cerró fuerte los ojos, imaginando un futuro de encierro en el mejor de los casos.

Esperó y esperó apretando los ojos, pero nada pasaba. No quería mirar, ¡prefería no ver! Se le ocurrió, de repente, que quizás había una posibilidad de escaparse y abrió apenas un ojo para ver qué pasaba.



Entonces vio algo que nunca hubiera imaginado.

Todos los animales que vivían en el parque estaban ahí, habían venido a buscarla. Las lagartijas vieron cuando había sido capturada y habían corrido a pedir ayuda. Primero hablaron con las liebres que corrieron dando aviso a las vicuñas, que llevaron la noticia a los zorros, que a su vez les avisaron a los loros barranqueros, que se ocuparon de recorrer los cielos y los suelos avisando a serpientes, tatúes, aguiluchos y todo animalito chico o grande en la región. Así, en minutos, todos los animales supieron que se necesitaba de su ayuda, un animal silvestre estaba siendo capturado.

Al ver este despliegue de animales unidos y expectantes, las personas que estaban haciendo el recorrido con el turista cazador se habían quedado muy quietas e impresionadas. La guardaparque que acompañaba al grupo entonces se dio cuenta de que algo realmente importante debería estar pasando para que todos los animales se hayan acercado. En sus miradas podía ver el reclamo silencioso: un animal estaba en riesgo.

Fue entonces cuando la guardaparque vio la caja plástica sospechosamente tapada con una piedra, decidió levantarla para ver qué había debajo y encontró

a una lagartija influencer resignada y muy asustada.

La guardaparque se alejó para darle espacio y pidió al grupo de asombrados turistas que guardaran distancia e hicieran silencio para que la lagartija pudiera, en confianza, disponerse a volver a la naturaleza.

La lagartija Teyú, viendo que los animales del parque seguían estando ahí para acompañarla, se sintió protegida y más segura de sus posibilidades de salir sana y salva de esa situación. Tomó coraje y corrió rápidamente, como las lagartijas saben hacer.

Los animales juntos se fueron retirando a las rojas tierras del oeste riojano, entre los cañadones, por el llano, bajo tierra, por los cielos y en las cimas de las montañas. La guardaparque aprovechó la oportunidad para explicarle al grupo de asombrados turistas la importancia de que los animales silvestres vivan seguros y en libertad.

Después de semejante aventura, la lagartija influencer volvió a ser solo una lagartija (con mucho gusto) y a disfrutar de nuevo de la tranquilidad de la reserva y de la compañía de sus amigas, lejos de los flashes y de los peligros del mundo moderno. En la naturaleza tenía todo lo que necesitaba para ser feliz.



# La travesía

Karen Fogelström

Sobre la cumbre de una montaña, rodeada de nieves eternas, suspiraba una roca mirando el lago Nahuel Huapi.

Los cóndores que anidaban junto al risco le traían el relato de sus aguas cristalinas. Los vientos narraban divertidas historias de espuma blanca y olas intensas. Las nubes, que depositaban sobre ella besos de escarcha, se jactaban de pintar al lago de gris o negro a su antojo.

Y la roca, olvidándose de que las montañas no pueden moverse, decidió ir a conocerlo personalmente.

Aquel peñasco gris era aún muy joven, tenía apenas unos cuantos siglos. Casi todos los riscos que la rodeaban habían dejado de contar sus años luego de pasar el primer millón. Quizás por eso, o simplemente porque era una roca soñadora, se despidió una mañana de los cóndores, de las nubes y de los vientos, dispuesta a emprender el viaje.

—¡Eso es imposible! —le advirtieron, pero no escuchó.

Quizás convencida de que era una más entre las aves que había cobijado, hizo fuerza con la esperanza de desplegar alas y levantar vuelo.

—¡Detente, abrirás grietas en tu hermosa superficie! —rogaron los cóndores. Un “cric” casi imperceptible les dio la razón.

La piedra redobló los esfuerzos y un “craac” inquietante advirtió que se acercaba la catástrofe.

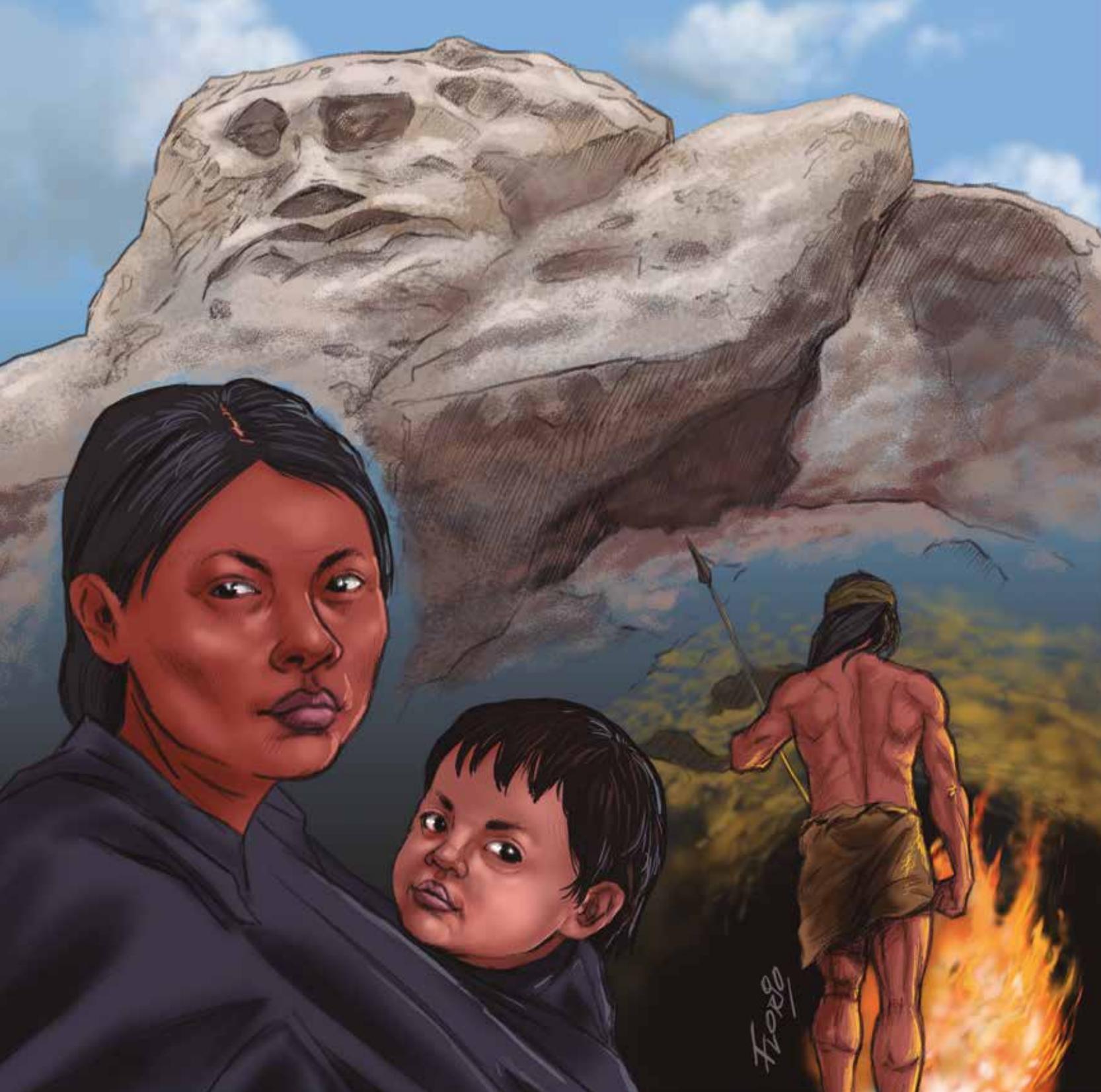
Le siguió un silencio como nunca se había escuchado. El viento contuvo el aliento, los cóndores no movieron ni una pluma y las nubes permanecieron inmóviles en su sitio, empujándose unas a otras para poder ver lo que pasaba.

La roca tomó aire una vez más, se balanceó hacia atrás y, con un impulso increíblemente ágil para un trozo de granito de ese tamaño, se lanzó hacia adelante.

Un “croc” gigante llenó el silencio.

Una grieta se había abierto en la base de la piedra dibujando una sonrisa.





Poco a poco, la rendija se fue transformando en una inmensa boca abierta. Por un instante el risco quedó suspendido en el aire y todos los que estaban observando creyeron que saldría volando.

Sin embargo, y como era de esperarse, antes de que pudieran gritar “ten cuidado”, se desplomó rodando.

Chocando contra otras rocas, dejando tras de sí cientos de pedazos, se internó entre bosques de lengas hasta detenerse exhausta muchos metros más abajo.

—¡Mira cómo has quedado! —la regañaron al verla.

La noticia de su hazaña corrió de un lado al otro de la cordillera. Pese a que aún era enorme, muchos quisieron ayudar a esa roca testaruda a lograr su objetivo.

Las nubes corrieron a la cumbre y dejaron caer grandes cantidades de agua que ablandaron el suelo para construirle un tobogán de barro.

El viento tomó carrera y la movió centímetro a centímetro con la fuerza de sus ráfagas.

El invierno trajo abundantes nevadas y el manto blanco cuando se derritió la llevó consigo un trecho.

Los volcanes, callados hacía siglos, se desperezaron, lanzaron bocanadas de humo y temblaron. Con cada sacudón la piedra avanzaba otro poco, cambiando su forma casi sin darse cuenta.

Una oscura noche de invierno, cuando el hielo como un cuchillo cortaba el aire, el llanto de un bebé interrumpió el silencio. A tientas, una mujer avanzaba con un niño contra el pecho, buscando cobijo. No le quedaba mucho tiempo. Los pumas se adivinaban en las cercanías, siguiendo las huellas de una presa fácil. La roca pensó que detrás suyo, allí donde el viento y el agua habían formado una caverna que se hundía en la base del risco, podría protegerlos.

Quienes sostienen que las rocas no viajan, también aseguran que carecen de voz. Sin embargo, la desorientada madre mapuche relataría a los suyos la manera en que el canto de la montaña la había guiado hasta las

profundidades de una cueva, salvándole la vida.

La mujer acomodó ramas secas y golpeando dos pedruscos consiguió encender un fuego, regalándole a la piedra una tibieza que jamás había experimentado. El contacto de esas llamas y las risas del pequeño fueron abrigo para los tres, no solo por una noche. Tampoco por un invierno.

El niño era ya un hombre que guiaba su propia familia cuando decidió dejar aquel albergue de granito. Como es lógico, no le dijeron a la roca hacia dónde se dirigían. A nadie se le ocurre darle explicaciones a una piedra. Dejaron tras de sí, como única muestra de agradecimiento, coloridas manos pintadas en las paredes. Los cóndores los divisaron por última vez siguiendo un rebaño de guanacos rumbo a las llanuras.

La piedra decidió que había llegado entonces el momento de continuar su viaje.

Tembló cuando se desperezó, decidida a sacudirse años de inmovilidad. Se despidió de aquella cueva que había protegido y se dejó caer sobre el colchón de tierra suelta que se había acumulado a sus pies. Las araucarias con sus brazos milenarios la saludaron por última vez al verla desaparecer rodando sobre guijarros y pedregullo.

Con la mirada puesta en el Nahuel Huapi, ganaba terreno lentamente, sin percatarse de que entre ella y su objetivo serpenteaba un pequeño arroyo. Cuando lo vio, estaba ya sobre su margen.

—¡Ten cuidado! —gritó la corriente, asustada.

La roca intentó frenar, pero la tierra que cubría la orilla estaba mojada y resbaladiza. Con un chapuzón, cayó en medio del arroyo.

—¡Afuera! ¡Sal ya mismo! —gritaba el riachuelo furioso.

—¡No puedo, estoy atorada! —respondió la viajera.

—¡Esto es un desastre, una catástrofe! —se desesperó la corriente. —¿Qué hace una roca como tú ro-

dando montaña abajo sin mirar lo que hace?

—Voy al lago.

—¿Qué dices? ¡Eso es imposible! Ni una sola vez me había tropezado con un disparate tan grande como tú —insistió el arroyo.

Los dos estaban enojados. El riachuelo porque ya no podía seguir su camino y la piedra porque no podía salir. Las aguas se arremolinaban a su alrededor, empujándola con todas sus fuerzas, pero era demasiado grande para la pequeña vertiente.

—Por tu culpa, se secará mi cauce. ¡Ojalá fuese un río, así podría moverte fácilmente! —se lamentaba el arroyuelo.

—Si fueras un río... ¿podrías llevarme al lago?

—Podría intentarlo. Pero ya lo ves, no soy un río, solo soy un arroyo.

En cuanto se enteraron de la emergencia, las nubes, que estaban lejos de allí, se cargaron de agua. Enormes, blancas y gordas como nunca, viajaron hasta colocarse sobre la montaña, donde descargaron tanta lluvia como les fue posible.

El agua chorreaba y escurría, formando líquidas serpientes que crecían buscando el cauce del arroyo.

Un rumor sordo, murmullo de burbujes y torbellinos, se acercó al embalse de piedra, haciendo temblar a su paso las verdes orillas. Tras él, una tumultuosa corriente arrastraba todo lo que encontraba a su paso.

Torrentes acróbatas saltaron la roca por arriba, escurrieron por sus costados y en brazos de remolinos la levantaron, impulsándola por el canal.

Cuando el río, que antes había sido arroyo, comprendió que era libre, inició con la piedra una danza de giros y vueltas, conduciéndola hacia el lago. Los peces pasaban a su lado y la saludaban con la cola. Pequeños cangrejos de agua dulce buscaban refugio debajo de ella. Y la corriente la empujaba lenta rumbo a la playa, moldeándola y quitándole capas de su ru-

gosa piel, hasta convertirla en un pedrusco pequeño, gris y redondeado.

Un día, el cauce por el que viajaba se hizo ancho y la corriente desapareció. Un vaivén de olas le dio la bienvenida al Nahuel Huapi. La espuma blanca le hizo cosquillas cuando acabó por recostarse en la orilla, desde donde podía contemplar a sus anchas el azul intenso del espejo de agua.

Una niña que jugaba se acercó hasta ella con un balde y una pala.

—¡Papá, mirá qué piedra tan hermosa! —gritó levantándola en alto.

La roca, que al iniciar su viaje había sido un enorme peñasco, cabía perfecto en la palma de la mano de la pequeña. Su padre la sujetó entre dos dedos y la puso al sol, observando la claridad a través de ese cuerpo blanco, casi transparente.

—Es un cuarzo. Viene de la cordillera —explicó el hombre.

La niña levantó la mirada hacia las lejanas montañas y estalló en carcajadas. Tenía que ser una broma, era imposible que una roca pudiese hacer aquel viaje. De todas formas, le pareció perfecta para adornar la torre más alta del castillo de arena que acababa de terminar.

Desde allí, la piedra contempló por primera vez su imagen en el agua. Blanca y brillante, parecía que aún la cubría la nieve. A su alrededor se reflejaban los cerros que la habían visto partir y, por efecto de la distancia, parecían tan pequeños como ella.

—Si alguna vez te dicen que algo es imposible, acuérdate de mí —murmuró la piedra con voz de guijarro.

A pesar de que la niña sabía que las piedras no hablan, le bastó contemplar el paisaje a su alrededor para comprender que cada cuarzo y cada montaña encerraban una historia dispuesta a revelarse a aquellos que deseaban escuchar.



# Destello verde

Silvia Susana Arana

Nahuel cerró los ojos, pero el sueño no llegaba. Los abrió, y miró una vez más el lugar desconocido. Era un galpón grande, en donde se habían refugiado las familias que habían tenido que huir del fuego.

Siempre supo que el bosque tiene a *Ngen marvida*, un alma que reina allí. Protege cada árbol y arbusto, cuida las crías de las maras y los monitos de monte. Así se lo había enseñado el abuelo a su padre. Y este, a su vez, a él, junto con otras historias que forman parte del inmenso amor que los *mapuche* tienen por la tierra en donde nacieron.

Ahora, en el colchón compartido con sus cuatro hermanitos, intentaba dormir en vano. Aquel refugio era frío y húmedo. Las paredes altas, grises, contrastaban con la tibieza de su cabaña, que se había quemado en el incendio. A su lado, sobre otra colchoneta, su madre tenía un sueño agitado. Quizás revivía el miedo al ver la columna de humo que avanzaba hacia la casa, los gritos de los vecinos, el ulular de las sirenas.

Levantó la cabeza y miró alrededor. Cerca de la puerta se veían ir y venir a los bomberos. Decían que iban a evacuar el pueblo entero si no lograban controlar el fuego, que se estaba perdiendo para siempre el bosque.

Nahuel pensó en *Ngen marvida*, en los altos coihues, en los majestuosos cipreses. Imaginó también los nidos de los pájaros, con los pichones recién nacidos. ¿Cómo podían salvarse?

Volvió a apoyar su cabeza en el buzo que hacía las veces de almohada y lloró desconsolado.

Su papá estaba con otros voluntarios tratando de detener esa ola rojiza y gigante que estaba quemándolo todo, con el humo penetrando en sus ojos hasta hacerlos arder. Comenzó a hachar un coihue añoso para formar el cortafuego. Las lágrimas corrían por la cara morena y arrugada. Unas por el humo, otras por el coihue. Levantó la vista al cielo, y lo encontró negro. Parecía nublado, pero no sabía si era el anuncio de la esperada lluvia o el gris del humo. Miró al suelo y observó con dolor e impotencia a una mara huyendo con su cría.

Volvió a mirar el cielo con la desesperación en los ojos. —*Ngen... perdón...* —susurró.

El rumor suave, como un aleteo, se mezclaba con el crujido de las ramas encendidas que caían. Las primeras gotas comenzaron a mojar su cara.

Y se desató al fin un aguacero que fue aplacando aquel infierno.

Pero, para ese entonces, se habían perdido más de cinco mil hectáreas.

Había mucho por hacer. Y la gente del pueblo, con esa energía que nunca se sabe de dónde sale, se arregangó y comenzó a construir casas nuevas, a recolectar ropa, agua potable, alimentos.

Mientras los hombres y las mujeres trabajaban arduamente, algunos chicos jugaban entre los escombros y la tierra arrasada. Otros, como Nahuel, permanecían sentados, mirando con amargura el sitio en donde al-

guna vez habían estado sus juguetes, su cama, el árbol que les daba sombra.

Su padre lo advirtió y se acercó a él. Le acarició la cabeza con las manos ásperas.

—Vení. Quiero mostrarte algo —le dijo con un cariño escondido debajo de su brusquedad habitual.

El niño se levantó y lo siguió por un camino nuevo, formado por la huella de los hombres que iban y venían con baldes de agua, ladrillos y bolsas de cemento. Se alejaron un poco de los esqueletos de las futuras casitas, adentrándose en un mundo siniestro, lleno de árboles muertos, erguidos como fantasmas negros.

Se detuvieron allí y se quedaron un largo rato callados. Nahuel estaba acostumbrado a los silencios de su padre, que no eran silencios.

En medio de esa quietud comenzó a hacerse oír el rumor suave del río. El aleteo de un diucón sobre una

rama. El canto, algo más alejado, de un fio-fio.

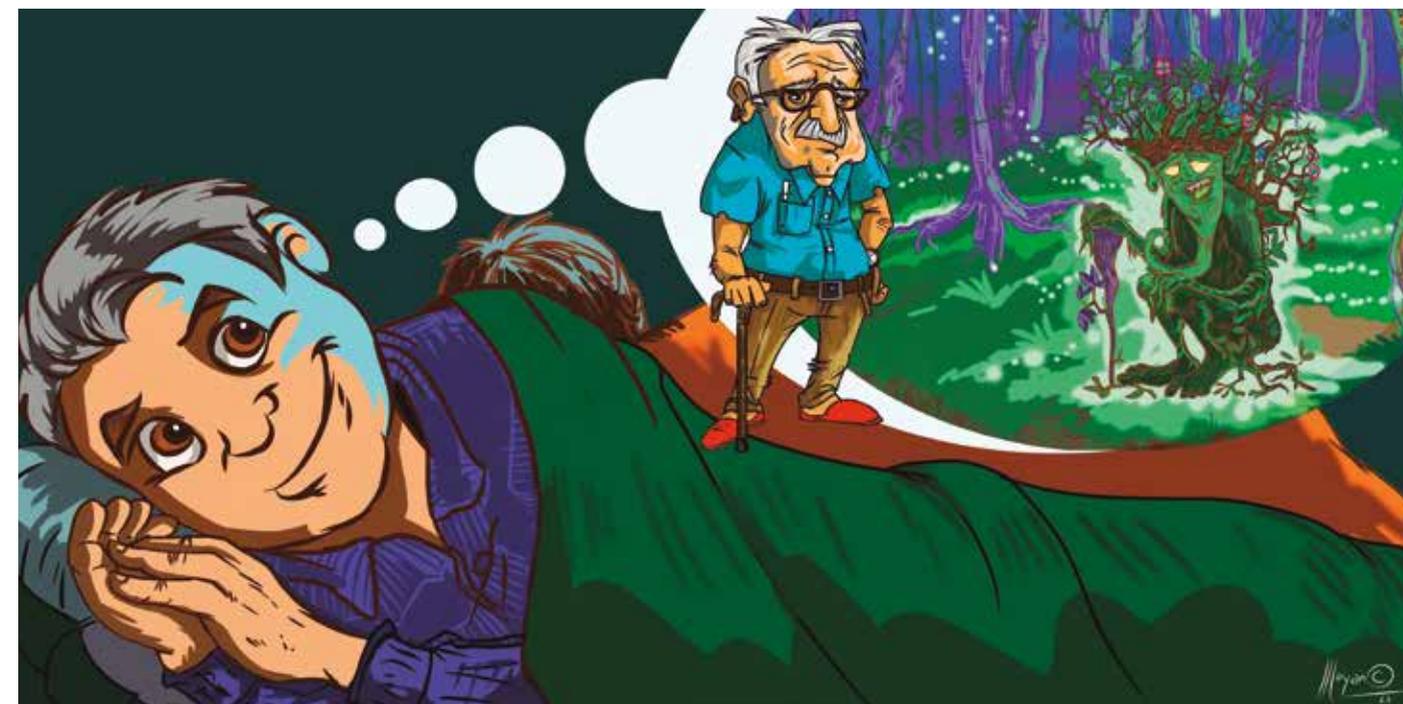
—*Ngen marvida* aún está acá —dijo su padre. Y señaló un tronco cercano.

Nahuel se aproximó y, de pronto, descubrió el milagro. Desde la raíz del árbol que parecía muerto, se asomaba un brote pequeñito, pero de un verde tan intenso que parecía iluminarlo todo.

Era la vida que se abría paso.

—Vamos a dar las gracias, Nahuel —dijo su padre—, porque el *Ngen* sigue creyendo en nosotros, a pesar de todo. Está en la pequeñez de este tallo y estas hojas. En el corazón de todos los que plantan árboles nuevos. En cada nueva cría de mara que nacerá, en cada nuevo pichón de ave. Mientras haya alguien que ame esta tierra y que enseñe a los demás cómo cuidarla, tendremos una esperanza.

Abrazó a su hijo con fuerza y regresaron al trabajo.



# La leyenda del Bichofeo

Diego Cueto

Cuando yo era chico, mi abuelo que se crio en el campo me contaba que en una laguna cercana a su casa había muchos animales, particularmente aves de todo tipo y color que parecían vivir en armonía y tranquilidad.

No faltaba comida, había árboles para los pájaros que en sus ramas hacen sus nidos, había juncos en la orilla de la laguna para que las gallaretas y patos encontraran refugio después de nadar todo el día. También había campo abierto donde se juntaban los teros y los chajás a conversar a los gritos sin molestar a nadie: ¡¡Tero, tero!! ¡¡Chajá!! ¡¡Tero, tero, tero!! ¡¡Chajá, chajá!!

Todo era armonía y alegría, decía mi abuelo, peeeero (¿por qué siempre hay un pero?) todo cambiaba cuando llegaba el carancho. Aprovechándose de su gran tamaño y su fama de peleador, el carancho se posaba en la rama del árbol más alto y desde ahí se hacía ver. Con su voz áspera y chillona gritaba desde lo alto: “aquí llegó el carancho y el que no se esconde tiene cola de chanco”.

La verdad que la frase no tenía mucho sentido, pero bastaba que la escucharan para que todas las aves salieran volando a sus escondites. Los gritones teros y chajás se quedaban mudos; las cigüeñas y garzas se escondían entre los juncos de la orilla; las cotorras dejaban de cotorrear y se metían en sus nidos; y los zorzales y calandrias cerraban el pico y dejaban la música para otro momento.

Al verlos huir alocadamente, el carancho se reía con su risa áspera y chillona, ¡craaa, cra cra craaa!

En pocos segundos todo era quietud y silencio. Cada vez que esto pasaba, el carancho satisfecho comía la comida que algún ave había abandonado en su huida y luego se iba riendo, ¡craaa, cra cra craaa!

Peeeeeero... (siempre hay un pero o dos) contaba mi abuelo que una mañana de verano había ido a refrescarse a la laguna cuando vio llegar al carancho y posarse en la punta del árbol más alto. Mi abuelo quietito y en silencio lo vio y escucho todo: el carancho con voz chillona gritó como siempre: “Aquí llegó el carancho y el que no se esconde tiene cola de chanco”. En unos instantes el campo era todo silencio como siempre. Y como siempre el carancho se rio con su risa chillona de siempre: ¡craaa, cra cra craaa!

Pero ese día, como nunca, repentinamente lo interrumpió una voz que venía del lado del bosquecito: ¡Biiiiiichofeo!, se escuchó decir bien clarito. Al instante se escuchó también un murmullo y risas nerviosas que venían de cada lugar donde estaban las aves escondidas. El carancho se puso verde de ira: no podía creer que alguien se animara a burlarse justamente de él que era el más burlador. Entonces preguntó con voz más aguda y chillona que nunca: “¿Quién se atreve a desafiar al caran...?”, pero no terminó de decir su frase porque esta vez se escuchó fuerte y clarito a un pájaro decir: “Bichofeo, bien te veo”.

El carancho ya estaba rojo de enojo. Miró hacia los árboles y justo vio cuando un pajarito amarillo y de antifaz negro como un superhéroe abrió el pico para decir “Bichofeo, bien te veo”. El carancho gritó con su voz más aguda y chillona: “Más feo bicho serás vos”, y abrió sus grandes alas para abalanzarse y atrapar con sus garras al pajarito amarillo, cuando desde la laguna una voz de pato dijo: “¡Bichofeo, bien te veo!!”. Al instante desde el campo abierto ser escuchó gritar lo mismo a los teros y chajás y desde todos lados las voces se multiplicaron armando un gran coro: “¡Bichofeo, bien te veo!!”. Todas las aves



salieron de sus escondites sin importarles si estaba el carancho. Cantaron y volaron alegres hasta que la luna les recordó que tenían sueño. El carancho, rosado de vergüenza, se quedó mudo por días.

Desde ese día en las lagunas y montecitos de esta parte del mundo nunca falta un pajarito de pecho amarillo y antifaz de superhéroe que recuerda la anécdota cantando “¡Bichofeo, bien te veo!”.

# El caballito de monte

Gilda Isoardi

Owachijbana u Owa como le decían sus amigos era un joven sabio y bondadoso de una poderosa tribu que vivía en el sur de Argentina, justo allí donde los grandes glaciares bajan como ríos colgantes por las laderas de las montañas. No es esta una tierra seca y polvorosa, amplia e infinita como las que hay al este de la Patagonia, sino más bien verde y rumorosa, rodeada de amplios valles tallados por el hielo y hogar de un tipo muy especial de árboles, las lengas, y sus primos hermanos, los ñires y guindos.

Owa era respetado por su tribu porque tenía un don muy especial, era capaz de curar. Siempre que alguien en la tribu se enfermaba, no dudaban en acudir a él y algunos hasta le atribuían poderes mágicos. Decían que, el día de su nacimiento, su madre había encontrado una piedra verde brillante que le otorgaba poderes especiales. Ya fuera por esto o por su gran conocimiento sobre la naturaleza, le tenían mucha admiración.

Owa amaba las plantas y las investigaba, sabía cuáles podían usarse y cómo para desinflamar heridas y cicatrizarlas. Sabía qué plantas podían aliviar los dolores de los ancianos y mejorar el sueño y por supuesto cuáles hongos eran comestibles y dónde encontrarlos. Esto último era todo un evento cuando, en el comienzo de la primavera, empezaban a asomar sus sombreritos por entre la hierba en lugares secretos del bosque.

Un día, el hijo del cacique enfermó gravemente. Pasaban los días y Owa no lograba dar con el remedio indicado. Las anémonas que comenzaban a aparecer en la primavera temprana como velas cremosas entre

los dientes de león ya habían perdido sus pétalos y el niño seguía sin mejorar. Pasó el tiempo y las orquídeas blancas, que como molinos de viento se yerguen en los lugares sombreados del bosque, habían dado lugar ya a las abultadas orquídeas de porcelana y aún el niño no mejoraba.

Entonces Owa decidió emprender un viaje en búsqueda de un remedio. En su camino atravesaba bosques enroscados de lengas y ñires que curtidos por el viento se doblaban en forma de *e* mayúscula. Pasó también por valles protegidos donde los árboles crecían, en cambio, como gigantes contra el cielo. Una noche, el viento rugía arrasador y Owa comenzó a tener mucho frío. De pronto se acercó a él un zorro colorado que lo había olido desde lejos. “Ven”, le dijo compadeciéndose de él y lo llevó a su madriguera. Allí Owa recibió calor y alimento y le preguntó al zorro si conocía alguna medicina para la enfermedad del niño. “Yo no”, le contestó el zorro, pero movió su nariz rápidamente olfateando los olores que traía el viento y agregó: “Ve a la casa del puma, tal vez él te pueda ayudar. Recuerda que el puma nunca deja de serlo, te recibirá bien y está muy informado, pues siempre merodea, pero nunca le des la espalda”.

Owa continuó su viaje y, siguiendo las indicaciones del zorro, se dirigió a unos paredones anaranjados de roca volcánica escondidos entre el bosque y allí, en una abertura en la roca, encontró la cueva del puma. “Pasa”, le dijo el puma, “ven a resguardarte del frío”. La cueva era simple, espaciosa, y cuando los ojos de Owa se acostumbraron a la oscuridad pudo ver en el





fondo algunos huesos blancos, restos de alguna vieja cena. En cuanto pudo inquirió al puma por la preciada medicina. “Desconozco”, dijo el enorme gato, “pero, tal vez, los salmones que suben el río remontando la corriente sepan algo. Ellos viajan muchos kilómetros y traen noticias del mar. Pero espera, quédate esta noche conmigo y puedo despertarte por la mañana, así estarás más descansado”. Owa agradeció la invitación del puma, pero tenía presente las palabras del zorro y prefirió declinarla. La idea de quedarse dormido en la cueva del puma no parecía muy buena.

Descendió de la montaña y pasó por quebradas, y bajó al valle donde los ñires se volvían impenetrables, hasta dar con la orilla del río. Owa sabía que en esa época los salmones subían dando batalla a la corriente para poder desovar. Había visto de pequeño junto a su abuelo unos remansos hondos donde estos se quedaban quietos como sombras bajo el agua. Una vuelta, otra vuelta del río y llegó al pozón. Entre medio de los reflejos del sol distinguió el perfil plateado del lomo del salmón. Su tamaño lo asustó. “Salmón”, le dijo con respeto, “me envía el puma, dice que tienes conocimiento de alguna medicina para el hijo del cacique”. “Yo no”, contestó el salmón, “nosotros solo vemos la superficie del río por un breve instante, cuando saltamos, y además no somos de aquí. Pero tal vez puedas preguntarle al pájaro carpintero”. Esto hizo Owa, pero el pájaro carpintero no le prestó mucha atención. Estaba concentrado en su tarea de picar la madera buscando los grandes gusanos de taladrillo. “Ahora no puedo atenderte”, le contestó la carpintera bamboleando orgullosa su jopo impresionante, “estoy tratando de llegar a un gusano blanco y gordo”, decía mientras miraba con uno y otro ojo pegando saltos hacia uno y otro lado, “pregúntale a él”, soltó finalmente señalando a un escarabajo.

Lo que Owa vio en ese momento no lo había visto

nunca antes en su vida. Cruzando lentamente el sendero, un insecto más largo que ancho se movía al ritmo de un anciano. Sus patas lo elevaban de la tierra dándole el aspecto de un caballo y su cara semejaba a la de una cabra. Sobre su espalda, dos manchas rojas como brasas encendidas parecían otro par de ojos mientras que sus verdaderos ojos se hundían en el rostro enmarcados por altas cejas. Owa no podía salir de su asombro. “Acércate”, le dijo el escarabajo y comenzó a hablarle como en un susurro: “Cuando pases por el valle camino a tu casa, recoge las hojas de una planta verde y resinosa con flores amarillas. Si la aprietas un poco desprenderá un aroma a limón y naranjas especiadas. Se llama paramela. Prepara con ella un ungüento y se lo aplicas al muchacho. Sanará. Pero una cosa más, cuando estés haciendo esto abre sus oídos y cuéntale lo que has visto, cuéntale de nosotros, del zorro, del puma, de los peces del río, de las rocas y de los bosques, y enséñale lo que sabes. Sanará”.

Owa regresó a la tribu e hizo cuanto le había contado el escarabajo, y el niño efectivamente se puso fuerte y sano. Todos en la tribu pensaron que Owa tenía superpoderes, pero él les contó sobre el encuentro con el escarabajo.

Muchos años pasaron y Owa se convirtió en anciano y su vida fuerte y vigorosa comenzó a apagarse de a poquito. Un día entraron a su toldo y no lo encontraron, pero sobre su cama estaba el cuero de guanaco con que se cubría y parado sobre este los miraba atento un escarabajo. Se parecía increíblemente a aquel otro que les había contado Owa. Desde entonces, corre el rumor de que Owa el hechicero se convirtió en escarabajo. Y quien camina tiene cuidado de no pisarlo. Muchos lo llaman caballito de monte y, a imitación de los pueblos aborígenes del sur, quien se cruza con uno en el camino le hace el favor de correrlo gentilmente para que nadie lo lastime.

# Cactus quimil

Carmen Beatriz Visuara

**M**ateo tiene siete años y vive en Quimilí, un municipio de Santiago del Estero. Mateo vive con sus padres y su abuela materna. Aunque su padre es albañil, su madre costurera y su abuela tejedora, a él le encantaría ser jugador de fútbol.

Todos los martes, por las tardes, juega al fútbol. Su lugar preferido para jugar con su primo o amigos es en el fondo de su casa, ya que es un sitio que tiene mucho espacio con césped como en las canchas. Lo único feo, según Mateo, es la planta favorita de su abuela, que tiene muchas espinas y flores anaranjadas. Esa planta siempre le desinfla cualquier pelota que use para jugar.

La abuela Consuelo siempre quiere enseñarle cosas buenas a Mateo porque lo ama mucho. Cada vez que se le rompe una pelota, intenta repararla o le regala una nueva y le enseña que a las personas, a las plantas y a los animales hay que cuidarlos y tratarlos bien porque son importantes. Mateo, sobre plantas y animales, mucho no comprende. Seguramente por eso a veces se queda pensando que debería preguntarle más sobre animales y plantas a su señorita María.

Un lunes, después de dibujar un paisaje en la escuela, Mateo le preguntó a su señorita muchas cosas sobre las plantas y algunos animales. La señorita prometió que, si les daban permiso los padres, él y sus compañeros irían el viernes a conocer un parque que está protegido y nadie puede hacerle daño. Mateo se sintió triste

porque ahí no podría jugar al fútbol con sus compañeros, pero su maestra le dijo que los animales y las plantas de ese lugar eran tan bellos que no se iban a aburrir.

A la noche, antes de dormir, Mateo le contó a su abuela que su mamá le había dado permiso para ir al Parque Nacional Copo a ver plantas y animales. La abuela se emocionó, porque ella conocía aquel parque. Mateo, al enterarse, comenzó a preguntarle muchas cosas que le daban curiosidad.

—¿Cómo es? —preguntó Mateo

—Es un lugar muy grande, con árboles hermosos. También hay animales que están en peligro de extinción.

—¿Qué significa que están en peligro de extinción?

—Significa que pueden desaparecer del planeta, porque son pocos. Es por eso que hay que cuidarlos.

—¡El parque es un lugar increíble! —gritó contento Mateo.

—Sí, Mateo. El parque es increíble. Está lleno de amor en el aire. Cuando las personas respiran ese aire, entienden al fin el valor de la vida —contestó su abuela.

—¿Vos tenés ese aire, abuela? —preguntó contento Mateo.

—Sí, campeón. Por eso amo la vida, sin importar si se trata de un árbol, una gallina o un hombre. Todo lo que tenga vida, merece y debe ser tratado con amor.

Los días pasaron y llegó el día de viajar al parque. Mateo estaba ansioso por sentir el amor del que le había hablado su abuela con tanta emoción.





A las nueve de la mañana, una enorme camioneta los dejó en el Parque Nacional Copo. La señorita les pidió que se mantuvieran juntos para que no se perdieran. Mateo estaba muy contento.

Los árboles del Parque se agitaban como intentando saludar y a lo lejos se escuchaba el sonido de los animales. Un hombre muy educado les indicaba el nombre de los árboles y los animales. Mateo estaba tan feliz que no tardó en darse cuenta de que el amor había entrado en su corazón.

—Aquí está el cactus llamado quimil —dijo el hombre educado que los guiaba.

—¡Es el cactus de mi abuela Consuelo! —gritó Mateo, con una sonrisa muy grande.

—¿Tu abuela tiene uno parecido? —le preguntó la señorita María a Mateo.

—Sí, mi abuela tiene uno igual —contestó Mateo sorprendido.

—Hay animales que se alimentan de la fruta de este cactus tan hermoso e importante —comentó el hombre del parque.

Esa tarde, mientras volvían a sus casas, la señorita María, Mateo y sus compañeros no podían dejar de hablar del yagareté, el tatú carreta, el chanco quimilero y el oso hormiguero grande, entre otros. Mateo sabía que el amor se movía en el interior del corazón de cada uno de los que

habían visitado el parque. Estaba impaciente por llegar a su casa y contarles todo a sus padres y a su querida abuela. Quería hablar sobre todo lo que había aprendido.

En la casa de Mateo, la madre lo esperaba con la merienda: una taza con leche y un pan tibio. Pero Mateo corrió hacia el fondo porque sabía que a esa hora su abuela siempre regaba su cactus favorito.

—¡Abuela, tengo el amor! —decía Mateo llorando de alegría.

—¿Y qué sientes? —preguntó su abuela.

—Siento que quiero contarles a todos sobre tu cactus quimil, regarlo todos los días —contestó entusiasmado Mateo.

—Bueno, vamos a regarlo juntos cuando haya que regar. Mientras tanto, anda a beber tu leche y comer tu pan para que tengas energía.

—¿Energía? —preguntó Mateo.

—Sí, Mateo, la energía es lo que permite que todo lo que hay a nuestro alrededor funcione —respondió su abuela.

De camino al comedor, Mateo le contaba a su abuela Consuelo sobre cómo el cactus quimil servía de alimento para el chanco quimilero y de refugio para algunos animales. La abuela Consuelo, por su parte, le explicaba cómo crecen los cactus, cómo crece un niño; cómo se necesita de la energía para que la vida siga.

# El jardinero del Iberá

Luz Camila Bulzomí

Un ecosistema es como... ¡una bicicleta! Es un grupo de animales, plantas y minerales que se necesitan entre sí para existir y crecer. Y solo si están todos los elementos de un ecosistema hay equilibrio. ¡Cómo en una bici! Es supermegadifícil hacer equilibrio si te faltan las ruedas, los pedales o el manubrio.

¿Lo entendiste? Seguro que sí, los niños siempre entienden de estas cosas. Pero los adultos... los adultos se empeñan en no entender. Se olvidan de que nosotros también necesitamos el equilibrio y la cooperación con las demás especies para vivir. Entonces se ponen meta cortar árboles por acá, meta pescar y cazar por allá, meta armar edificios por acullá y ¡el equilibrio se va al diablo!

Por suerte, algunos adultos con alma de niños decidieron crear los Parques Nacionales, que son como bicicleterías. Lugares donde se trata de componer y proteger el equilibrio de las especies en un ecosistema: arreglan las partes rotas, mandan a traer partes de otros lugares del país y sobre todo cuidan el lugar de otros adultos. Allí nadie puede arrancar árboles, cazar ni construir edificios.

Por eso, cuando llegó el tapir al Parque Nacional Iberá, en Corrientes, todos los animales lo estaban esperando. Sentaditos sobre el pasto y uno al lado del otro se podía ver a siete carpinchos, una pareja de ciervos, tres cachorros curiosos de aguará guazú y un viejo

oso hormiguero. Algo más lejos, como para no asustar a los demás con sus dientes afilados y sus caras serias, estaban el ocelote, el yaguararé y hasta un yacaré. Desde los árboles se escuchaba el trinar de una familia de inambúes que volaban ansiosos de una ramita a la otra.

El rumor de la inminente llegada del tapir había empezado hacía varias semanas cuando el yetapá de collar, que es un pajarito de cola larga y negra y pico anaranjado, escuchó a los humanos hablar del tema. Muy cada tanto se los encontraba entre los pastizales. Los humanos le sacaban unas fotos de lejos, le sonreían un poco, haciéndose los simpáticos, y se iban. Él sabía que era importante para ellos porque en el Iberá todavía había pocos de su especie, así que se dejaba fotografiar haciendo poses cancheras con las alas abiertas. Lo que los humanos no sospechaban era que el viento del humedal arrastraba sus susurros y se los acercaba al pajarito que, de carácter chismoso, los compartía rápidamente con el resto de los animales.

—Parece que lo largan el lunes que viene —había dicho una de las humanas.

—¿Al tapir de Buenos Aires? —había preguntado la otra.

En diez días, el chisme había tenido tiempo de recorrer el Parque Nacional completo, así que para cuando el tapir llegó ya había una comitiva de recibimiento en el lugar.

—Muy buenos días y bienvenido al barrio —le dijo



un sapo mientras se le acercaba dando saltos pequeños para no asustarlo.

El tapir estaba confundido y espantado. Nunca había estado fuera de su jaula, y ver tan de cerca a otros animales y sentir los olores y ruidos del humedal le parecía tan extraño como aterrador.

—Oiga, muchacho, lo venimos esperando hace tiempo por acá ¿cuándo tiene pensado arrancar a trabajar? —le dijo el aguará guazú que, desde el fondo, no podía verle la cara de miedo.

¿Trabajar?, pensó el tapir, todavía más acobardado. Él no sabía hacer nada, los animales del zoológico se lo decían todo el tiempo. No podía alcanzar las cosas altas como las jirafas ni tenía la fuerza de los elefantes, tampoco volaba como las águilas ni podía cazar como los tigres o los leones. Ni siquiera sabía trepar y, si corría, lo hacía con la lentitud que sus patitas cortas le permitían. Lo dicho: era un animal totalmente inútil que no sabía dónde estaba y que quería volver ya mismo a la tranquilidad de su jaula. Aunque lo intentó no pudo contener un par de lágrimas de angustia que le rodaron por la trompa. Los animales no entendían qué pasaba. Nunca habían visto que alguien estuviera triste por ser liberado.

—Debe haber perdido la cordura —murmuró un carpincho.

—Solo está asustado —explicó el oso hormiguero, que también había nacido y vivido en una jaula hacía mucho tiempo atrás—. Escúcheme, Don Tapir —dijo con voz suave—, perdone la ansiedad, sé que esto debe ser difícil para usted, muchos cambios repentinos. Pero es que nuestro barrio anda necesitando hace mucho un jardinero. Cada vez que ocurre un incendio o algún árbol se enferma y muere, nuestra vegetación retrocede y los animales pierden sus casas y su comida. Necesitamos que usted empiece a replantar las zonas, ¿vivo? Por eso el entusiasmo.

El tapir entendía cada vez menos. En su jaula su único trabajo era dejarse ver por los niños que, comiendo pochoclos, lo señalaban, sorprendidos por su trompa corta o por el particular sonido que hacía al hablar, parecido a una puerta vieja cuando que se abre. No había tenido otros trabajos ¡y menos que menos de jardinería! ¿De qué le hablaba este oso hormiguero?

—S... s... señor —se animó a decir— Yyy... yo no soy jardinero... nunca planté ni cuidé ninguna planta y...

Los animales empezaron a reírse, no querían ser groseros, pero la carcajada se les escapaba de entre los hocicos.

—¡Hagan silencio, por favor! —dijo el oso hormiguero—. El muchacho no sabe de sus capacidades, nadie le habrá explicado...

—Querido tapir, usted come frutas, ¿no es verdad? —le preguntó con una voz suave.

—Sí, muchas.

—Y cuando las come ¿les saca las semillas como hacen los monos o los humanos?

—No, las como así, enteras.

—¡Exactamente! Y cuando usted, perdóneme por hablar de estos temas íntimos, va al baño, las semillas...

—Salen —dijo el tapir que de a poco empezaba a sentir confianza. No entendía hacia dónde iba esta rara conversación sobre frutas y baños, pero el hormiguero le parecía buena gente.

—¡¡¡Exacto!!! ¿Y sabe qué pasa cuando una semilla cae en la tierra?

—¿Crece?

—¡Crece! Usted, señor tapir, ¡es un Dispersador de Semillas! ¡Y nosotros lo necesitamos! Su tarea es comer frutas y dejar sus semillas “caer” en lugares donde precisamos vegetación. Así, con el tiempo, nuevas plantas y árboles van a crecer y los animales vamos a tener más comida, más espacio para nuestros nidos y cuevas y más sombra.

Con sus colas, alas, picos y patas los animales em-

pezaron a aplaudir. La sola idea de su humedal creciendo los entusiasmaba. ¡Cuánto habían esperado por el tapir!

Este, sin embargo, estaba atónito. ¿Él? ¿tan importante? Toda su vida lo habían tratado como a un bueno para nada, debía de haber un error. Y sin embargo... se sentía capaz de hacer lo que le pedían. Ser un jardinero. Comer cuando y lo que él quisiera y caminar por esta gigante extensión de pastos frescos no sonaba nada, pero nada mal.

—Bueno, está bien —dijo con timidez bajo la atenta mirada de todos los presentes—. Puedo intentarlo.

Como las semanas en libertad pasan volando, el trabajo del tapir, que tan bien le sentaba, empezó a dar sus frutos. Por aquí y por allí nuevos brotes y arbustos crecían de la tierra; las zonas áridas por las que algún incendio había pasado, arrasándolo todo, empezaban a pintarse con notas verdes. Las plantas nuevas daban frutas que los animales comían con gratitud y flores coloridas que las abejas polinizaban sin pausa. Hasta el yagareté vivía mejor, con más espacios de sombra fresca para tirarse a descansar los calurosos días del verano correntino.

Pero el que estaba más contento era el tapir. Tal vez ya no tenía tanto tiempo de descanso ni le traían servida la comida siempre a la misma hora como en la jaula. Pero ahora, aunque más cansado, era feliz. Y aunque a veces se mojara con la lluvia o se perdiera entre los pastizales, aunque la comida no siempre era abundante y el andar solo al caer la tarde fuera algo peligroso, era libre. Y no solo libre del encierro, que ya es mucho. Libre, además, de la falsa, falsísima idea de ser un bueno para nada, ¿él, un bueno para nada? ¿Por no poder trepar o volar o correr rápido? Desde que era jardinero ya no le importaba no poder hacer esas cosas. ¡Él hacía crecer vegetación donde quería! Para el tapir, desde que había llegado al Parque Na-

cional Iberá, y por primera vez en su vida, ser tapir era lo mejor del mundo.

¿Se acuerdan eso del principio de que un ecosistema es como una... exacto, una bicicleta? ¿Que cada parte tiene una función y es fundamental para mantener el equilibrio? Este cuento es para que los niños puedan contárselo a los adultos (a veces hay que explicarles las cosas importantes con cuentos). A ver si entienden que ya sea en una bici o en un ecosistema se necesitan cuidar todas las partes del conjunto. Porque perder el equilibrio en nuestros ecosistemas puede ser tan peligroso para nosotros como andar en una bici ¡sin manubrio y todo de bajada!



# El único viaje de una planta

Giselle Mangini

**H**abía sido flor y, polinizada por una abeja, aguardó pacientemente transformarse en fruto. Los pétalos que supieron adornarla comenzaron a secarse, pero a su alrededor se formó una capa protectora que la resguardó. De color verde brillante maduró. Su progenitora la adornaba con el contrastante verde y rojo de sus hojas. Tal llamativo fruto fue devorado por un zorzal, ave cantora por excelencia.

El zorzal la llevó lejos, cruzando ríos y a través de selvas. Luego de su paseo a costas del zorzal, finalmente cayó en suelo propicio. Desde una rama florida, la liberó el zorzal y el suelo amortiguó su caída con un colchón de hojarasca, hongos y cantidad de pequeños insectos. Para su suerte, cayó al lado de un gigante y frondoso urundel, el sabio del piedemonte de las Yungas.

La semilla, un ser vivo condensado, se quedó esperando acompañada por el urundel para germinar. Pasó la primavera, pero la semilla aún no estaba lista. Cayeron chaparrones, granizó, sopló viento, el clima no dio tregua. En una descomunal tormenta nocturna, su fiel compañero, quien había acunado la semilla a sus pies, el urundel, sucumbió a la tempestad. Las raíces del urundel intentaron con fuerza aferrarse a la tierra,

pero como un edificio cayendo estrepitosamente chocó el suelo generando un fuerte estruendo. Retumbó toda la selva, era como ver a un viejito con pies descalzos. La semilla entristeció y pasó toda la noche en vela.

Con el amanecer del día siguiente, los cálidos rayos de sol calentaron la semilla y, a pesar de su tristeza, era la primera vez que veía el sol luego de que el zorzal la hiciera cruzar ríos, recorrer selvas, y la depositara a los pies del gigante sabio. Los rayos de sol bañaron cada costado de la semilla, como un cálido abrazo que la hizo viajar al pasado. Recordó los momentos en los que fue flor, la abeja que depositó el polen y permitió que se transformara en fruto, todo el tiempo que esperó pacientemente y ¡plop! una pequeña raicilla emergió. Como quien refresca sus pies en el agua, la semilla sintió la energía de la tierra fluir a través de sus raíces y alimentarla. Pasaban los días, veía soles y lunas salir y ocultarse. Las raíces de la semilla crecían con ímpetu y se asomaban sobre la tierra unas tiernas hojas verdes.

La semilla había realizado el único viaje que realizaría en toda su vida, había germinado y, junto con ella, la esperanza de la selva misma de ver crecer un retoño de laurel y ocupar el espacio que supo proteger el urundel.



# Pun

Nilda Bulzomi

**A** la sombra del maitén, Meli y Aimé juegan komikan sobre una roca desde hace largo rato. En sus rodillas se grabaron siluetas de arenisca gruesa y de minúsculas hojas y ramitas secas que comienzan a picar, invitándolas a levantarse.

Saltan ellas y sus risas simulando la lucha de pu trewa y pangui y en su propio alboroto se alejan del lugar. Corren entre los ñires en el breve atardecer de la bahía y rueda el pedregullo a cada paso que dan.

El fogón está encendido, lo saben por el hilo blanco que se dibuja sobre el techo de la casa. Se abrazan a las piernas de la ñuque que besa sus pelos desordenados. Les espera el charquicán que huele tan delicioso en la cocina y luego, a dormir.

Un intenso silencio habita la noche del lago y la brisa infaltable hace su trabajo.

De su madriguera emerge el huillín en busca de alimento. Apenas se asoma, distingue unos insectos de extraño color sobre la roca plana que está bajo el maitén. Rodea la roca, huele. Esos insectos no huelen a insectos. Tampoco se mueven. Su consistencia es especialmente dura. Es claro que no son insectos y enojado los barre con su pata izquierda y se va de pesca.

El tuco tuco escuchó los ruidos extraños al final de uno de sus túneles. No es su propio eco, eso es seguro. Espía. La colonia de hembras está reunida alrededor de algo que no logra distinguir. Allí, en la roca plana que está debajo del maitén, se están organizando para alzar entre todas una delgada lámina de madera. La

desplazan y arman un tobogán. De a una en vez, resbalan y ríen a carcajadas hasta que se cansan y deciden buscar raíces para llevar a su cueva.

El plano inclinado de pronto salta por el aire. La mara también estuvo espiando y quiso resbalar, pero su peso y velocidad le jugaron una mala pasada: pisó el borde y la lámina de madera se colgó del maitén. Mira hacia arriba y hace una mueca indescifrable antes de emprender una nueva carrera hacia el pastizal.

Trepado en lo alto del maitén, huiña desciende sigiloso y alerta. Divisó un colilargo royendo la caña colihue. Lo atrapa con un salto preciso. Su movimiento hace balancear las ramas y con su densa cola impulsa el tablero atrapado entre las hojas.

La delgada lámina de madera cae entonces a los pies del pudú que alza su mirada sin entender. Mientras mastica las hierbas recién cortadas, empuja esa supuesta hoja rectangular por el angosto sendero. Es enorme para ser hoja y sus nervaduras le resultan demasiado triangulares y rigurosas. Nada natural. La aleja con el hocico y se sigue alimentando.

Desde el matorral rocoso en el que estaba refugiado, el huemul vio todo lo ocurrido. Se mantuvo detenido durante más tiempo del que hubiese querido y ahora que el lugar se ha despejado inicia la marcha hacia la orilla para calmar su sed. Al volver sobre sus pasos va reuniendo, con pequeños empujoncitos de sus patas, las trece fichas desparramadas en el pasto. Arma un morro diminuto y colorido bien cerquita



del tablero en cuya blanca superficie parece reflejarse la luna.

El despertar de Meli y Aimé es inquieto. Se miran. Ambas soñaron con su madre ordenando la casa. Reconocen el significado de ese pewma. Olvidaron el komikan en la roca bajo el maitén. Se visten rápidamente y salen a buscarlo.

Ni el canto ni el aleteo de los pájaros amanecidos logró mover los elementos del komikan. Están tal cual los dejó el huemul. Las mellizas los encuentran y chocan sus palmas. “Parece que kurruf sopló bastante fuerte anoche”, dicen, y con el komikan en sus manos vuelven a casa a tomar su muño.

## Palabras en mapuzungun

Pun: noche

Komikan: juego de mesa

Pangui: puma

Pu trewa: perros

Ñuque: mamá

Charquicán: comida con carne de cordero

Pewma: sueño

Kurruf: viento

Muño: desayuno

# Rita, la ranita

Mariana Perata

*Al arroyo Plátanos,  
donde mi suegra se bañaba  
en el Día del Estudiante  
y el tío Tito se tiraba de cabeza  
desde el puente del ferrocarril.*

**A**lgunos años atrás vivía, a orillas de un arroyo, una ranita llamada Rita. Toda su vida transcurría en los alrededores de su querido arroyo. Allí había nacido y construido una hermosa cueva dentro de unas cavidades profundas que la naturaleza había formado en las paredes de barro. Su cueva la protegía del viento, de la lluvia, del calor y del frío. En ella Rita era muy feliz.

Un día unas personas llegaron al lugar y empezaron a construir sus casas. Cavaron unos pozos profundos para conseguir agua y colocaron unos caños larguísimos, que llegaban hasta el arroyo, para desagotar todas sus tuberías. La ranita Rita estaba un poco disgustada con sus nuevos vecinos a los que consideró muy ruidosos y un tanto invasores, pero, como era buena e ingenua, pensaba que la Madre Naturaleza, creadora de todos los animales, nos había dado a cada uno un lugar en el equilibrio del mundo y que todos debíamos aprender a convivir armoniosamente. Por lo

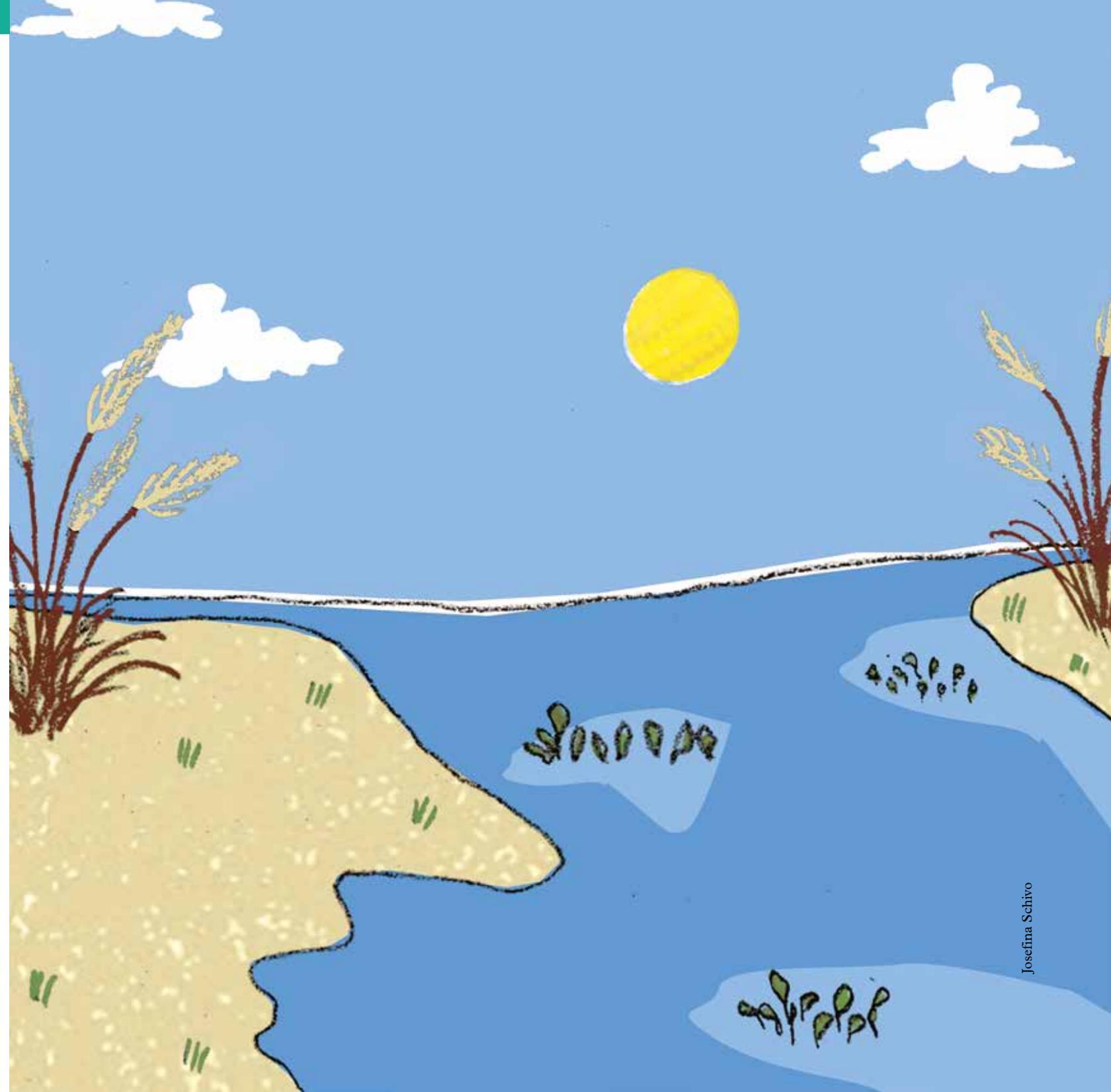
tanto, era su deber tener paciencia y adaptarse a las costumbres de los nuevos vecinos.

Era un día de sol precioso. La ranita Rita dio unos cuantos saltos hasta la salida de la cueva dispuesta a nadar un rato en las aguas del arroyo para hacer un poco de ejercicio cuando... ¡zás!, de unos tubos que asomaban justo encima de su cabeza salió un líquido nauseabundo color marrón amarillento que se derramó sobre su hermosa piel verde brillante.

—¡Qué ascoooooo! —gritó Rita enfurecida—. ¡¿Qué clase de bicho tengo de vecino que derrama esta inmundicia?! —Y enfurecida se dirigió a la casa del hombre.

Lo que Rita no sabía, pobrecita, es que los seres humanos habían colocado un caño para desagotar el inodoro del baño, y no solo de un baño, sino de todos los baños de todas las casas, en el hermoso arroyo.

Rita saltaba entre las patas de las mujeres que iban y venían con baldes de agua y ollas de comida tratando de esquivar los pisotones de los cachorros





Josefina Schivo

humanos que corrían detrás de una pelota de trapo a los gritos y dando empujones.

Daba la sensación de que ella era invisible para la gente. Por más que saltó y trató de comunicarse, su *Rrrrabap-Rrrrabap* no fue tomado en cuenta por nadie.

De tardecita ya, volvía a su casa cansada, desilusionada, para descubrir que todas sus pertenencias estaban inundadas con ese perfume horroroso que en tan poquito tiempo había remplazado al olor del pasto fresco y de las flores silvestres.

A la mañana siguiente Rita partió, con lágrimas en los ojos, despidiéndose del arroyo que la vio nacer.

Durante días y noches, sorteando innumerables obstáculos y peligros, recorrió kilómetros de pastizales secos hasta llegar a otro arroyito tan pero tan hermoso como su antiguo hogar. Allí volvió a elegir unas entrantes profundas en las paredes de barro e hizo una hermosa cueva.

Durante muchos años Rita vivió en armonía junto a peces, pájaros y caracolitos. Hasta que un día ¡Brrrrruuummm! ¡Brrrrruuummm! Unos ruidos espantosos asustaron a todos los animales. Eran los motores de diez camiones.

Un grupo de personas empezó a bajar, de los diez camiones, arena, cal, cemento y chapas. Esta vez construyeron una fábrica. ¿Y adivinen a dónde fueron a parar los caños que desagotaban la enorme cantidad de líquidos tóxicos que la fábrica producía?... Sulfatos, barnices, ácidos, todos se mezclaron con el agua del arroyo e hicieron que el hábitat de muchas plantas y animales quedara destruido en poco tiempo.

—¡Ah, no! —gritó la ranita Rita—. ¿Alguien me puede explicar qué estaba pensando la Madre Naturaleza cuando creó semejante bicho? Ahora van a ver esos prepotentes, avasalladores. —Y se dirigió directamente a la oficina del jefe.

El jefe estaba dándole órdenes al capataz. Los hombres discutían dando gritos tan fuertes que no les permitían escuchar las quejas de Rita. La ranita saltaba indignada tratando de subirse al escritorio para que se dieran cuenta de su presencia. *Rrrrabap-Rrrrabap*. Nadie la escuchaba. *Rrrrabap-Rrrrabap*, volvía a insistir sin resultado alguno, cuando de pronto se abrió la puerta y entró el encargado de la limpieza.

—¡Un batracio! —grito—. ¡Qué asco!

El hombre encolerizado perseguía a la pobre Rita como si fuera el mismísimo demonio. La rana saltaba desesperada escondiéndose bajo los escasos muebles que había en la oficina. El jefe, a punto de desmayarse, suplicaba que retiraran ya mismo a semejante alimaña, mientras el capataz se descostillaba de risa ante el descubrimiento de que su jefe “El Terrible” entraba en pánico ante la presencia de una insignificante rana.

En síntesis, Rita fue literalmente barrida a escobazo limpio y expulsada del establecimiento por la puerta de servicio.

Una vez más nuestra pequeña amiga debió abandonar todo lo que tenía y salir en busca de un nuevo arroyo para vivir, lejos, bien lejos, de los seres humanos.

Pero esta vez tuvo la suerte de cruzarse en el camino con la sabia lechuza que le habló de un lugar hermoso que las personas nunca iban a contaminar, un área protegida. Se llamaba Campos del Tuyú y en él vivían felices zorrinos, comadrejas, venados, perdices, ñandúes y flamencos.

—¿De verdad? —preguntó Rita entusiasmada—. ¿Y habrá agua como para una rana?

—Agua, sí. Muuuucha agua —contestó la lechuza.

Y allá fue Rita, saltando de felicidad, en busca de un arroyo con agua limpia. ¡Suerte, ranita!

¡Que el agua del arroyo esté siempre cristalina!

# ÁREAS PROTEGIDAS DE ARGENTINA



- |                   |    |   |
|-------------------|----|---|
| Noroeste          | 1  | Reserva Nacional El Nogalar De Los Toldos                   |
|                   | 2  | Parque Nacional Baritú                                      |
|                   | 3  | Monumento Natural Laguna De Los Pozuelos                    |
|                   | 4  | Parque Nacional Calilegua                                   |
|                   | 5  | Reserva Nacional Pizarro                                    |
|                   | 6  | Parque Nacional Copo  |
|                   | 7  | Parque Nacional El Rey                                      |
|                   | 8  | Parque Nacional Los Cardones                                |
|                   | 9  | Parque Nacional Aconquija                                   |
| Noreste           | 10 | Parque Nacional El Impenetrable                             |
|                   | 11 | Parque Nacional Iguazú                                      |
|                   | 12 | Reserva Natural Estricta San Antonio                        |
|                   | 13 | Parque Federal Campo San Juan                               |
|                   | 14 | Reserva Natural Formosa                                     |
|                   | 15 | Parque Nacional Chaco                                       |
|                   | 16 | Reserva Natural Educativa Colonia Benítez                   |
|                   | 17 | Parque Nacional Río Pilcomayo                               |
|                   | 18 | Parque Nacional Mburucuyá                                   |
|                   | 19 | Parque Nacional Iberá                                       |
|                   | 20 | Futuro Parque Nacional Laguna El Palmar                     |
| Centro            | 21 | Parque Nacional San Guillermo                               |
|                   | 22 | Parque Nacional Talampaya                                   |
|                   | 23 | Parque Nacional Traslasierra                                |
|                   | 24 | Parque Nacional Ansenúza                                    |
|                   | 25 | Parque Nacional Quebrada del Condorito                      |
|                   | 26 | Parque Nacional El Palmar                                   |
|                   | 27 | Parque Nacional Pre-Delta                                   |
|                   | 28 | Parque Nacional El Leoncito                                 |
|                   | 29 | Parque Nacional Sierra de las Quijadas                      |
|                   | 30 | Parque Nacional Islas de Santa Fe                           |
|                   | 31 | Parque Nacional Ciervo de Los Pantanos                      |
|                   | 32 | Parque Nacional Campos del Tuyú                             |
| Patagonia         | 33 | Parque Nacional Lihúe Calel                                 |
|                   | 34 | Parque Nacional Laguna Blanca                               |
|                   | 35 | Parque Nacional Lanín                                       |
|                   | 36 | Parque Nacional Los Arrayanes                               |
|                   | 37 | Parque Nacional Nahuel Huapi                                |
|                   | 38 | Parque Nacional Lago Puelo                                  |
|                   | 39 | Parque Nacional Los Alerces                                 |
|                   | 40 | Parque Interjurisdiccional Marino Costero Patagonia Austral |
|                   | 41 | Parque Nacional Islote Lobos                                |
| Patagonia Austral | 42 | Parque Nacional Patagonia                                   |
|                   | 43 | Parque Nacional Bosques Petrificados de Jaramillo           |
|                   | 44 | Parque Nacional Perito Moreno                               |
|                   | 45 | Parque Interjurisdiccional Marino Isla Pingüino             |
|                   | 46 | Parque Interjurisdiccional Marino Makenke                   |
|                   | 47 | Parque Nacional Los Glaciares                               |
|                   | 48 | Parque Nacional Monte León                                  |
|                   | 49 | Parque Nacional Tierra del Fuego                            |
| Mar               | 50 | Reserva Natural Silvestre Isla de Los Estados               |
|                   | 51 | Área Marina Protegida Namuncurá Banco Burdwood              |
|                   | 52 | Área Marina Protegida Yaganes                               |